Pw

REPERTORIO AMERICANO

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

Tomo XLIII | San José, Costa Rica | 1948 | Sábado 10 de Abril | No. 19

Año XXVIII — No. 1046

SONES DE LA LIRA AMERICANA

Son versos de Carlos Guido y Spano

(Sacados de sus *Poesías Completas.*
Edición de Maucci Hnos. Buenos Aires. 1911).

¡Adelante!

¡Ea, muchachos, es la aurora! ¡Arriba!
Tomad el hacha y el martillo, y vamos;
si como ayer tenaces trabajamos,
el monte derribado caerá.
Alcemos con sus troncos nuestras casas
asilo de la enérgica pobreza:
donde creció el jaral y la maleza
la viña lujuriante medrará.

Que el muelle cortesano la fortuna
busque adulando a su señor adusto,
el torpe corazón siempre con susto
de perder de su afán el fruto vil.
Mientras esparce el odio y la cizaña,
nuestras robustas manos siembren trigo:
mientras ve en cada hombre un enemigo,
amémonos con pecho varonil.

El vínculo sagrado que nos une
se apretará con la honradez probada;
¡sús, al combate!, a la conquista ansiada
del trabajo fecundo en la legión.
¡Victoria al más intrépido! Bizarro,
sus pensamientos en la patria fijos,
ese llegue a tener hermosos hijos,
hombres libres, de limpio corazón.

La gran naturaleza nos invita
a su festín suntuoso; seamos parcos,
y al repasar por sus triunfales arcos,
la libertad nos guíe con su luz.

Bajo su influjo bienhechor, la dicha,
la paz y la abundancia nos esperan:
a los valientes que en la lucha mueran,
un recuerdo, una palma y una cruz!

No desmayéis conscriptos del progreso,
rasgue el arado el seno de la tierra;
guerra a la incuria, a la ignorancia guerra,
amor a Dios, respeto por la ley.
Diques al mar pongamos, freno al vicio,
allanemos la rispida montaña,
y sea nuestro orgullo y noble hazaña
en cada ciudadano ver un rey.

Así avancemos como un haz; la ruta
nos la haga menos ardua el dulce canto
del poeta; las artes con su encanto
den a nuestra energía el galardón.
Busquemos la gran patria en que los hombres
se reconozcan prósperos y hermanos,
invitando a los pueblos soberanos
a seguir de los libres el pendón.

Y dulce será el ver en nuestros lares
de la jornada al fin, todos reunidos,
a los seres amables y queridos
que ennobleció el trabajo y la virtud,
recordando los triunfos del pasado
en las largas veladas del invierno,
o elevando sus preces al Eterno
que nos da la esperanza y la salud!

Dos estrofas de esta poesía compusieron el texto del *Himno* del Liceo de Costa Rica en 1905, cuando era don Elías Jiménez Rojas el Director.



En espera, por Rincón.

La Patria: "¿Cuándo llegará...?"

Nenia

Llora, llora urutaú.

En idioma guaraní,
una joven paraguaya
tiernas endechas ensaya
cantando en el arpa así,
en idioma guaraní:

¡Llora, llora *urutaú*
en las ramas del *yatay*,
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú—
llora, llora urutaú!

En el dulce Lambaré
feliz era en mi cabaña;
vino la guerra y su saña
no ha dejado nada en pie
en el dulce Lambaré!



El cazador, por Rincón
"El hombre mata lo que más ama..."

¡Padre, madre, hermanos! ¡ay!
todo en el mundo he perdido;
en mi corazón partido
sólo amargas penas hay—
¡padre, madre, hermanos! ¡ay!

De un verde *ubirapitá*
mi novio que combatió
como un héroe en el Timbó,
al pie sepultado está
de un verde ubirapitá!

Rasgado el blanco *tipoy*
tengo en señal de mi duelo,
y en aquel sagrado suelo
de rodillas siempre estoy,
rasgado el blanco tipoy.

Lo mataron los *cambá*
no pudiéndole rendir;
él fué el último en salir
de Curucu y Humaitá—
¡Lo mataron los cambá!

¡Por qué, cielos, no morí
cuando me estrechó triunfante
entre sus brazos mi amante
después de Curupaití!
¡Por qué, cielos, no morí!

¡Llora, llora, urutaú
en las ramas del yatay;
ya no existe el Paraguay
donde nací como tú—
llora, llora urutaú!

Nenia: cancón fúnebre
Urutaú: ave
Yatay: palmera
Tipoy: saya
Cambó: negros

CITA EN GUATEMALA

Por *Mario BRICEÑO IRAGORRY*

(Es un recorte de *El Nacional* de Caracas, 3 de marzo de 1948.—*Envío del autor*)

La Cancillería de Guatemala, con fecha 8 de febrero de 1941, comunicaba en forma circular a los jefes de misiones diplomáticas acreditadas cerca de aquel Gobierno, cómo había decidido suspender temporalmente la discusión relativa a la controversia de Belice, en vista del estado de guerra en que se hallaba Gran Bretaña, y "sobre todo, por la causa que defiende", según lo decía el ilustre patriota centroamericano don Carlos Salazar, Ministro de Relaciones Exteriores.

Generoso gesto de cooperación americana con la causa de las democracias, de que se decían defensoras las naciones unidas contra las pretensiones reaccionarias de Italia y de Alemania, y al cual era de esperarse que, victoriosas las grandes potencias, supiera responder con nobleza la vieja Albión. Nada más elevado que aquella pausa en la larga disputa provocada por el incumplimiento inglés a la Convención de 1859. Cuando Inglaterra luchaba desesperadamente contra las fuerzas hitlerianas y veía a su propia capital arrasada por las bombas fachistas, Guatemala, caballerosamente interrumpió sus justos reclamos, en espera de que, vuelta la paz y triunfadores los principios de justicia de que se dijo aquélla personera, se reabriese el diálogo pacífico y comprensivo que pusiera fin a la secular disputa por la posesión de unas tierras donde el imperialismo británico aposentó so color de mera explotación industrial.

Sin embargo, el cable nos trae ahora noticias de que a los nuevos y justos reclamos guatemaltecos, Inglaterra ha respondido con el envío de sus naves amenazadoras, en cuyos cuadernos de bitácora se hallan seguramente marcados los mismos rumbos seguidos por los barcos piratas que durante nuestra vida de minoridad colonial, asolaron nuestras costas y detuvieron el desarrollo de la cultura que en el Nuevo Mundo crecía bajo los signos fecundos de la vieja España; y que, aún a lo largo del Siglo XIX, mantuvieron en las costas de Centroamérica republicana la constante zozobra de la ocupación, hasta llegar a construir el irrisorio tablado para la farsa de la monarquía mosca.

"Sobre todo, por la causa que defiende" Gran Bretaña, suspendía Guatemala, conforme a las palabras del Canciller Salazar, toda manera de disputa. Pequeño país, la altiva nación centroamericana tenía que ver en 1941 con profunda simpatía la causa de Inglaterra. Cuando se habló de respeto a las naciones pequeñas, de igualdad en la justicia internacional, de defensa de las ideas democráticas y de autodeterminación de las pequeñas comunidades, natural era que los pueblos de América mirasen por propia la suerte de las grandes potencias que levantaron contra Hitler el estandarte de la justicia y del derecho. La fe de nuestra burlada y sufrida América española y el romántico apego de sus hombres de pensamiento a los principios de humanidad y libertad que fueron nervio y vela de nuestra propia lucha separatista, no se adelantaron a mirar que tras las ideas generosas de que se titularon abanderadas las potencias anglo-sajonas, dormía el viejo e indomable espíritu de rapacidad que ha distinguido sus planes de conquista.

Nuestras aguas americanas, surcadas hoy por naves bélicas dirigidas a amedrentar a nuestros pueblos indefensos, dan testimonio evidente de que nada ha cambiado en la estructura política de las antiguas potencias. Las palabras de justicia pasaron como humo engañador y otra vez aparece desnuda la zarpa que se niega a soltar las presas. Pero con la actitud de los violentos, ha surgido también la reacción de aquéllos que aún confían en el poder de la palabra como elemento de eficacia humana. Contra los barcos que amenazan, está firme la voz de los que se sienten dispuestos a mantener, pese a la debilidad de las manos que sostienen las legítimas banderas, la integridad de las consignas de la justicia. Hacia Guatemala, estrujada y convulsa la conciencia, como su fecundo suelo volcánico, va el pensamiento de aquéllos que en América se rebelan contra la idea de que sea la fuerza y no el derecho quien dé normas a la vida de relación de las naciones. Y contra el empeño de los países imperialistas que procuran rebajar la dignidad de nuestro continente, los pueblos de América han de juntar sus fuerzas morales para proclamar con terca insistencia el derecho que tienen las comunidades americanas a que, cerrado el humillante ciclo del coloniaje, sólo flameen en su suelo banderas que expresen una recia conciencia de autonomía y de libertad. En Guatemala es la cita para la nueva cruzada que remate nuestra independencia continental.

Testimonios mexicanos

Nada en lo político suscita tantos enemigos como la desgracia.

Lucas Alamán (1851)

Conservaos unidos. Sacad razones de amistad de vuestras diferencias como de vuestras semejanzas. Mañana caeremos en los brazos del tiempo. Opongamos, a la fuerza oscura, la muralla igual de voluntades.

Alfonso Reyes (1920)

El tipo político, trágico y risible, con dos pistolas al cinto, mirada desafiante, bravucón, atrabiliario e inculto, desaparecerá bajo la presión de un pueblo bien orientado y seguro de su destino.

Jesús Silva Herzog (1946)

LA EDUCACION DE LOS HIJOS

(En el *Rep. Amer.*)

Es completamente equivocada la teoría de que al niño debe dejársele que haga lo que quiera; dejarle completamente libre para que juegue a todas horas. Los que así piensan quieren depararle al niño un paraíso que en la tierra no existe. Las consecuencias de esta equivocada teoría se están palpando ya y han de sentirse más agudamente en el futuro. El niño así se convierte en un pequeño salvaje: pequeño por la estatura ya que no por sus fechorías. Después es un joven salvaje y lo es igualmente en la edad madura.

No son solamente los niños abandonados los que crecen bajo el dictado de tan absurda escuela. A éstos, los hijos de nadie, sin padres y sin hogar, no podría exigírseles otro comportamiento. Son también los de las clases acomodadas. Hay padres que quieren al niño bien salvaje para que sea bien hombre. Hay quienes ponen la hombría en los puños o en el lenguaje grosero. Pero, esos niños se vengarán más tarde, faltándoles al respeto a los padres y abandonándoles cuando más necesitan la ayuda del hijo.

La vida es toda una escuela de deberes. Lo es desde la niñez. No debe dejarse al niño que juegue todas las horas que no esté en la escuela o que esté durmiendo. El juego es la más natural y espontánea actividad del niño. Pero el juego no debe constituir toda la vida del niño como la felicidad no constituye toda la vida del adulto. Desde la más temprana edad la noción del deber ha de ser inculcada en el niño. Sería absurdo exigirle el niño a todas horas el cumplimiento de deberes. Pero, igualmente absurdo es hacer que el niño crezca sin la noción de que hay cosas que no debe hacer y de que hay otras que tiene la obligación de hacer.

La mayor parte de las horas de la vigilia del niño debe ser dedicada al juego. Así lo manda la Naturaleza; así lo exige el desarrollo físico y psíquico del niño. La niñez es una alborada y las alboradas son alegres y cándidas. Bien está que el niño juegue en la calle con los demás niños. Conviene que lo haga. Así se habitúa al trato con los demás; se prepara para la lucha de la vida. Pero sería un disparate permitirle al niño que esté todo el día y las primeras horas de la noche jugando y corriendo con otros niños en la calle. Y esto se observa hoy en muchos vecindarios. Los padres no quieren molestarse. O creen que ésta es la mejor educación para que los hijos sean "machos completos".

El niño debe saber que a ciertas horas debe reintegrarse al hogar sin que la madre tenga que dar gritos o salir en su busca. El niño debe saber, desde bien temprano, que hay ciertos períodos para el juego; pero que hay también períodos para otras cosas. Así se inculcan los hábitos de orden, el sentido de responsabilidad, de equidad y de respeto que harán más tarde al joven culto y caballeroso, al hombre noble y al ciudadano digno. Nociones de respeto, de reverencia y de fe deben ser inculcadas desde la más tierna edad.

El niño debe saber que mientras juega en la calle no debe golpear a sus compañeros, no

debe faltarle al respeto a los ancianos y demás personas ni debe destruir la propiedad. El salvajismo infantil mancha con carbón las verjas y casas recién pintadas, destroza a pedradas las bombillas y faroles de calles y puentes, raya los automóviles nuevos, pone clavos en los neumáticos de los mismos. Todo esto sin referirnos a la verdadera delincuencia infantil que en los Estados Unidos y en nuestro país toma proporciones desmesuradas.

El niño debe ser castigado. Debe ser castigado de una manera racional y justa. Hay momentos en que el castigo debe ser bastante severo. La tendencia moderna a abolir la noción de responsabilidad y de culpa es completamente equivocada y está contra la ley natural, contra la ley positiva y contra la ley divina. Los frutos de tan menguadas teorías los está cosechando ya la sociedad hedonista y pagana de este nuestro tiempo apocalíptico.

Claro es que el castigo no debe ser exagerado ni cruel. El castigo no debe dejar marcas en el cuerpo del niño. Debe dejarlas en su alma, en su mente. Es un mandamiento que se imprime en la cera virgen de su alma. Se puede castigar a un niño con el noble e ineludible propósito de hacerlo bueno. Pero el castigo injusto o excesivo y cruel inferido al niño no le hará bueno. Por el contrario, lo hará malo. Nunca olvidará la injusticia y la crueldad y se hará vengativo.

Hemos dicho que el niño no olvidará la injusticia que con él se comete. Al decir esto, dicho está el postulado fundamental que justifica, más aún, que manda el castigo. En el ser humano es innata la noción de la justicia como es innata la noción del bien y del mal. Una sociología o una pedagogía que ignore estas nociones fundamentales es equivocada y pasará como pasan las modas de la época.

Háganse los padres cargo de su misión. Se advierte indiferencia en padres y madres hacia el cumplimiento de este sagrado deber. ¡Indiferencia en las madres! ¡Indiferencia respecto a la educación de sus hijos que es tanto como decir su porvenir! Lo que el niño sea de niño y de adolescente en el hogar, eso será después en el mundo.

¡Oh, madres! Poneos a la altura de vuestra misión sagrada, divina. Sed verdaderamente madres, es decir, mujeres abnegadas, cuidadosas, heroicas, frente a vuestros hijos. Inculcad en ellos, día por día, año tras año, los conceptos de deber, de responsabilidad y de bien. Que sean hombres, sí; pero que sean buenos, dignos, caballeros. Vosotras, madres, cosecharéis las primicias de tan rica y preciosa sembradura.

El bien del mundo no lo hará la política ni la ciencia. Parece que ya debiéramos estar convencidos de esto, pues las lecciones han sido muy duras. El bien del mundo depende, ¡oh, madres santas! del cuidado y amor que pongáis en la educación cotidiana de vuestros pequeños.

Luis VILLARONGA.

San Juan, Puerto Rico.

EL MINISTRO CONSUETUDINARIO LIC. GALVEZ, abogado de la Bananera y actual candidato oficial, no puede ser Presidente de Honduras

Se oponen a ello, el decoro nacional y la sensatez de la Compañía. Para nosotros sería una afrenta; para el imperialismo, una partida cobrable con usura el día de las reivindicaciones históricas.

(En el *Rep. Amer.*)

Es hecho innegable que la opinión pública hondureña repudia la candidatura del Ministro Consuetudinario de Carías, Lic Gálvez, don Juan Manuel. Nos enteramos de esa situación por múltiples referencias personales y por la lectura de los periódicos: los unos porque lo atacan con fundamento; los otros porque lo defienden haciendo uso de falacias, ditirambos ante su imagen e insulto procaz contra el adversario.

Nosotros nada tenemos que decir del Lic. Gálvez en lo particular. No nos metemos en su vida privada. Es cosa suya, si es buen hombre para el hogar; si cumple con sus deberes de padre con su primer hijo, que mucho ha necesitado de su apoyo. Nada nos importa la figura *sui géneris* de este candidato; ni si se amarra con sendas correas de badana la pistola sobre la pierna izquierda para que no le estorbe al caminar.

Lo que nos importa —y en mucho por cierto— es la vida pública del licenciado que vinculado con una compañía extranjera desde sus mocedades le ha ocasionado al país grandes males; lo que nos importa de veras es el funcionario que mandó a ametrallar la indefensa población sampedrana, infiriendo tamaña ofensa al pueblo hondureño; lo que tenemos que cobrarle al Ministro Consuetudinario, es su complicidad en todos los atropellos, muertes, encarcelamientos y extrañamientos de la dictadura de los quince años.

Empezaremos con el *affaire* de la Bananera; y para esto habrán de darse algunas explicaciones claras, suscintas a veces, pero en todo caso necesarias, porque estas líneas especialmente escritas para el pueblo hondureño irán a dar a muchas personas que no están familiarizadas con ciertos aspectos y necesitan conocerlos para que mejor sepan defender sus derechos.

En Honduras no hay capital extranjero, en el sentido de una inversión traída de fuera para desarrollar los recursos del país en provecho del mismo y de los inversores. Los capitales con que operan las compañías bananeras, los bancos y sucursales de bancos extranjeros, la Rosario Mining Co., los grandes comercios, son esencialmente hondureños, en manos de extranjeros; pero como nos encontramos dentro de una organización jurídica de empresa privada, y además algunos de estos negocios están amparados por concesiones, a ningún hombre cuerdo y medianamente preparado se le ocurriría decir: "Aquí venimos por esto que nos pertenece"; sin embargo, basadas en los conceptos que venimos explicando es que se han hecho muchas expropiaciones, con diferencias de detalle, por ejemplo, las petroleras de México. (Ver documentos de Jesús Silva Herzog).

El proceso de formación de los capitales bananeros es bien sencillo: por generalización compete asimismo a casi todos los capitales en manos de extranjeros. Llega al país un aventurero inteligente, con alguna preparación técnica y experiencia en los negocios; trae, desde luego, dinero suficiente para sus menesteres, incluso con qué subvenir al pago de algunos peones; se interna en la selva del litoral y localiza en términos globales los bosques de caoba, las tierras de mayor riqueza humífera, las principales corrientes de agua, etc.

Como este aventurero procede de centros de mayor desarrollo económico, sabe qué se necesita en los grandes mercados de consumo, los gustos de los compradores, los precios que se pagarían y hasta las cantidades que admite la demanda. Esta serie de conocimientos no son cosa del otro mundo que pudiera ignorar cualquiera de nuestros coterráneos, pero como vivimos aislados, escasos de recursos y sin posibilidades para entrar en las grandes urbes, estamos condicionados desventajosamente con respecto a nuestro aventurero del ejemplo.

El aventurero hace un ligero croquis, esboza una explotación bananera y se presenta ante un jugador de bolsa, quien induce a dos o tres individuos a poner en práctica el negocio. Ya con un poco de dinero se van al país *cliente;* comprueban lo dicho por el primer explorador, y luego se presentan a la Secretaría de Fomento en solicitud de una concesión liberalísima, por no decir leonina, para los cultivos, construcción de líneas férreas, muelles, dársenas, tajamares, instalaciones eléctricas, etc., etc., y *todo aquello que interese a los concesionarios y fuere provechoso al país, de acuerdo con el dictamen de peritos técnicos nombrados por ambas partes* (el país no tiene tales peritos) *y de acuerdo con las buenas prácticas americanas.* etc., etc.

Armados estos especuladores con tan formidable instrumento de producción, se presentan al mercado de capitales, no sin haber con-

signado en su instrumento el consabido párrafo de que la compañía *podrá importar libremente los artículos destinados al uso, construcción, mantenimiento, desarrollo, administración, explotación o funcionamiento de los cultivos, ferrocarriles, muelles y dependencias, vapores, barcos o equipos flotantes, etc., etc., sin pago de impuesto, derecho, sobre-impuesto, servicio, licencia, cargo, recargo, tasa, contribución, canon o pago, CUALQUIERA QUE SEA EL NOMBRE O DENOMINACION QUE SE LE PUDIERA DAR EN LO SUCESIVO*, etc., etc., y significara un mínimo desembolso para la compañía y mediana compensación para el Estado.

Con estos papeles, los especuladores se presentan al mercado de valores y organizan las que fueron célebres compañías por acciones, embarcando en la empresa a cientos de personas honradas que jamás vuelven a saber de la íntima estructura de la sociedad, ni de su manejo, ni de nada. Sólo saben que a veces recibieron algún dividendo; pero que la mayor parte de las especulaciones terminaron en escandalosos fraudes como ocurrió con el ferrocarril interoceánico de Honduras. (Para detalles de los escándalos internacionales de esta índole ver Heckscher, *Mercantilismo;* Andrés Molina Enríquez, *Revolución Agraria;* Baldomero Sanín Cano, *Revista de América* Nº 23, "El Enemigo de la Democracia").

Nuestros empresarios toman posesión de su feudo y da comienzo la labor agrícola y la construcción de muelles, ferrocarriles, etc. Acto continuo principian a funcionar los comisariatos de mercancías, que recogen ventajosamente el poco dinero regado entre los braceros, y salen las primeras remesas del oro verde, regresando los barcos atosigados de mercancías, y habiendo dejado las operaciones mercantiles allá en los bancos, las divisas con las cuales se hacen nuevas e impresionantes negociaciones.

Si la empresa es manejada con cautelosa prudencia y honestidad, como ha ocurrido con la Frutera, el capital crece como la espuma y se expande como los gases en ese maravilloso y simple mecanismo del giro o circulación de Dinero-Mercancía-Dinero hasta llegar a cifras astronómicas.

Dentro de poco tiempo los diez o cien mil dólares se convirtieron en veinte, cuarenta o cien millones. Preguntamos nosotros: ¿Dónde está ese capital invertido, si comparado con el volumen subsiguiente resulta ridículamente minúsculo? ¡Pues es obvio que no hay tal! Es el país, es el sudor de la peonada, son las complacencias y complicidades de las autoridades, la ingenuidad e impotencia de nosotros lo que ha formado esas enormes concentraciones de capital, instrumento poderoso en manos de extranjeros, que nos oprime, explota y limita. En resumen y en puridad, no hay tal capital extranjero, sino capital netamente nacional, en manos ajenas al interés de la República.

Cuanto se ha dicho es la realidad, específicamente en la época en que el capital financiero empezaba a subrogar al capital industrial. Y dadas estas circunstancias sería, como reza el acápite introductorio, para nosotros una afrenta que un hombre que, como el Lic. Gálvez representa esos intereses y aboga por ellos, escalara la más alta dignidad de la Nación.

Para la misma Frutera es una actitud demasiado agresiva e imprudente llevar adelante este nuevo atropello al pueblo hondureño. Nadie ignora cómo se amaña de bien la Bananera para hacer sus cosas: a los empleados subalternos les prohibe el ejercicio de sus deberes cívicos, pretextando que no quiere que sus empleados la comprometan en política; pero a sus filisteos, los respalda subrepticiamente para seguir dominando sin control alguno.

Decimos en los titulares que al imperialismo no conviene esta actitud tan descarada, porque así como en la contabilidad comercial se anotan hasta los centavos, en el débito de la cuestión social, se recuerdan los hechos por insignificantes que aparezcan, y se llega un día en que se saldan cuentas aunque no las cobren aquéllos que las padecieron. La Bananera sabe de sobra que ningún gobierno de hombres cuerdos atentaría dentro del orden social en que vivimos, contra sus derechos: sería el caso de considerar si le conviene un régimen de justicia o un gobierno de proxenetas.

Héctor MEDINA PLANAS.

San José, Costa Rica,
marzo de 1948.

CANTO A IBERO AMERICA

(En el *Rep. Amer.*)

A Enrique González Martínez, poeta altísimo.

1

¡Ave, América Nuestra! ¡Que tu aliento,
hervor de un continente fuerte y joven,
fecunde este himno de mi pensamiento
y con sus notas de cristal se arroben
la fronda, el agua, la barranca, el viento...!

Yo llegué a tus riberas cuando octubre
promediaba en los mares... Una estela,
que aún entre las aguas se descubre,
iba dejando nuestra carabela
bajo un cielo redondo como una ubre.

Traía en mis arterias sangre hispana,
sangre de héroes y santos y guerreros:
modulaba en voz baja a la ventana
madrigales de amor y en los oteros
henchía con mi estruendo la mañana.

Buen hermano del Cid, mi invicta lanza
fué en el campo enemigo duro azote;
y alegre o melancólico, en mi andanza
alababa ante Dios a Don Quijote
y ante el Diablo admiraba a Sancho Panza.

Defendí nuestra fe como el más fiero;
y con las damas que encontré a mi paso,
fuí gentil y galante y lisonjero:
pero nunca engañé y en ningún caso
antepuse el jayán al caballero.

Canté en el infortunio y mi contento
bailó sin una lágrima en el baile
de un deshoje otoñal; y en el convento
recé de luz a luz como buen fraile,
los ojos puestos en el firmamento.

Si fuí tozudo y terco, no te asombre;
si rijoso y procaz, no te avergüence:
traje en cambio conmigo mi buen nombre,
la fe que salva y el amor que vence;
y más que todo, América, he sido hombre.

Me abracé a la aventura. Un hondo anhelo
que nos hizo olvidar ciudad y monte;
y tú nos saludaste con el vuelo
del ave que onduló en el horizonte
sus dos alas al sol como un pañuelo.

2

Aquí encontré las majestuosas huellas
de una vasta y excelsa teogonía;
y en tus tierras, más fértiles que aquellas
que tras de la aventura dejé un día,
otras almas y, en lo alto, otras estrellas.

Fuí a tus glaucas montañas, donde acampa
la nieve que jamás desaparece;
en raudos potros recorrí la pampa

y fuí a la selva que en desorden crece
y refresqué mi ardor en la cilampa.

En tus vergeles mi alma se perfuma,
me alucina tu luz en el tramonte;
y cuando advierto el ímpetu del puma
y la estampa sin freno del bisonte,
pienso en tus razas de ardorosa pluma.

Añoro el canto hostil en la refriega
con Tenoch o Capac, la alegre ronda
de tus vírgenes jóvenes, la ciega
y hermética actitud, a veces honda,
del adivino cuando al dios se entrega.

Cuauhtemoc y Atahualpa en mí han dejado
el dolor de los fuertes y los grandes
frente al destino cruel; pero he jurado,
por tu Popocatepetl y por tus Andes,
sucumbir con mi ensueño o mi pecado.

Por sus antiguos templos, por sus flechas,
por sus piedras labradas y su arcilla,
por sus civilizaciones ya deshechas,
por el oro que en sus águilas aún brilla,
por sus ansias de ser insatisfechas,

comprendí el alma indígena. El sereno,
el vetusto silencio que hubo en ella,
y supe por qué fuera el indio bueno
y por qué su fulgor era de estrella
y cuando restalló fué como un trueno.

Eras un continente en carne viva,
una inquietud sin forma y sin acoplo:
crisol para cien razas, luz cautiva
de mil constelaciones, vasto soplo
de algo que en ti desentrañándose iba...

Y fuimos al fin tuyos. Nadie sabe
lo que anhelan los dioses. Un destino
fluye en todas las cosas; y la nave
que de Palos saliera, hasta ti vino
lo mismo que la onda, igual que el ave,

a cumplir una ley. Llegó el hispano,
aquí estaban los incas y los mayas;
y fué como al conjuro de una mano
que en tus montes, tus cielos y tus playas
el fiat lux para siempre hundió el arcano.

3

Tal fué tu signo, América. Hemisferio
adonde acudirán todos los mundos,
tendrás entonces por igual misterio
que hacer de tus oceanos y tus fundos
de la acción y la paz el gran imperio.

Debes como el ibero ser valiente
y noble como el indio al caer vencido.
Ir con Bolívar para ser potente;
pero nunca dejar en el olvido
ni al indio ni al ibero. Esa es tu gente.

Tu San Martín, tu Juárez, tu Andrés Bello,
tu Sor Inés, tu Juana, tu Darío,
los ídolos de piedra sin destello
del oscuro teocali; el atavío
de las virreinas de enjoyado cuello.

El himno con que crecen tus ciudades,
ahí donde el sinsonte entre la fronda
orló con su canción otras edades;
tus bejucales en agreste blonda,
tus gemas de hoy y tus antiguos jades.

Los dulces yaravíes en que suena
más trémula y más suave con tu luna
la queja sollozante de la quena;
tus festones de sol en la oportuna
pampa de tantas claridades llena.

¿Qué son, si no, tu espíritu? ¿La llama
que ha de darte su ardor o su embeleso?
¿No son la pauta fiel, la fina gama
que fluirá siempre en ti? ¿No son el beso
lleno de gloria con que Dios te ama?

Eso, América, somos y seremos,
un cúmulo de ensueños y razones.
No dejemos que mueran, no dejemos
que la estulticia asorde con sus sones
cuanto contigo, América, tenemos.

Empero, has de estar fuerte como nunca,
sin dejar un momento de ser digna.
Lejos de la caverna y la espelunca,
has de ser tierra fértil y benigna
y no páramo hostil de un ansia trunca.

Si eres como el lucero vespertino
que irradia desde antaño con la fuerza
de un mensaje fraterno, en el camino
de tus pueblos en flor, no habrá quién tuerza
la honda eternidad de tu destino.

¡Ave, América Nuestra! En tu alma me hundo
y siento con la gloria de tu gesta
que hemos de orar en ti con un profundo
fervor de gracia una oración como esta:
—¡Madre América, que estás en el mundo...!

Alonso GARABITO.

Con este nombre supuesto, se presentó en 1947 a los Juegos Florales de México, nuestro estimado poeta Manuel Segura.

NOTICIA DE LIBROS

Indice y registro de los impresos que nos remiten los autores, las Casas editoras y los Centros de Cultura.

Una indagación sistemática de la conciencia profesional: *Moralética del periodismo*. Por Octavio de la Suarée, Prof. titular y Secretario de la Escuela Profesional de Periodismo "Manuel Márquez Sterling" de La Habana, Cuba. Cultural, S. A., 1946.

(El primer texto metódico docente que sobre la indagación de la conciencia profesional respectiva aparece en español).

Didáctica y ética al servicio de los estudiantes del ramo.

"Primero, Psicología, es decir, cómo *es* la cosa; ahora, Moralética, esto es: cómo *debe* ser la cosa; finalmente acaso, Socioperiodismo, o sea: cómo se *manifiesta* la cosa".

Se trata de una obra de sumo interés para los aprendices de periodismo. Disciplina, información, responsabilidad.

Otro libro muy útil para los maestros que estudian y se preocupan por mejorar el cargo que tienen:

La Escuela rural. Su organización y funcionamiento. Por Flor González de Padrino.

Es una de las Publicaciones del Ministerio de Educación Nacional. Caracas, Venezuela. 1947.

La experiencia mexicana orienta este libro.

("Es el fruto de 4 años de ardua, ruda, hermosa y estimulante labor en el campo de la educación rural").

En las ediciones del Grupo América, Quito, 1947, y por medio de la Legación de Bolivia en Quito, nos llega:

Gustavo Adolfo Otero: *La Sociología del Nacionalismo en Hispano-América*.

El autor lo es también de otros estudios importantes de sociología e Historia.

Es un estudio, el que anotamos, que se refiere a la comprensión del fenómeno de la génesis de las nacionalidades americanas de origen hispano-indígena.

("Lo que ofrecemos en nuestro estudio es un conjunto de valores vitales, extraídos de la historia, que explican el hecho diferencial del nacionalismo en nuestros países").

El Departamento de Publicaciones de la Universidad de Guayaquil nos ha remitido lo siguiente:

Dr. Teodoro Alvarado Garaicoa: *Principios Normativos del Derecho Internacional Público*. Guayaquil. 1946.

Dr. Teodoro Alvarado Garaicoa: *La Doctrina Internacional de Franklin D. Roosevelt*. Guayaquil. 1947.

Dr. Pedro José Huerta: *Rocafuerte y la fiebre amarilla de* 1842. Guayaquil. 1947.

Ideario, síntesis biográfico e iconografía, por el Prof. Francisco Huerta Rendón.

Notas sobre las teorías del átomo y su desarrollo histórico. Por el Ing. Prof. Peter Jolowicz. Guayaquil. 1947.

José Joaquín de Olmedo: *Discurso sobre las mitas de América*. Prólogo de Don Vicente Rocafuerte. (Notas explicativas del Dr. Abel Romeo Castillo).

Señalemos:

Alfredo González Prada: *Redes para captar la nube*. Editorial PTCM. Lima. Perú.

Primera edición. Cuentos, críticas, pensamientos y poemas de unos *Apuntes para la vida de Alfredo*, por Luis Alberto Sánchez;

y cartas de José Enrique Rodó y José María Eguren.

"Hijo de don Manuel González Prada, sintió sobre sí desde muy joven la altísima responsabilidad del legado paterno".

Este libro reune las mejores páginas de Alfredo González Prada; reviste importancia para las letras peruanas y americanas.

Atención de la casa editora.

Esta primera edición de la novela *Enrique Abril, héroe*. Por Jorge Felices. San Juan, Puerto Rico. 1947.

Una novela que está siendo muy bien acogida por la crítica panameña y americana:

Rogelio Sinan: *Plenilunio*. Panamá. 1947.

Atención del autor. Con esta novela y su autor volveremos en uno de los cuadernos posteriores.

(Entre las novelas de Panamá... la más fuerte, la más hecha. Y la más dentro de las tendencias del género en la actualidad).

RESEÑA DE LIBROS

(*Colaboraciones*)

Arévalo y el retorno a Bolívar

Pedro Alvarez Elizondo ha escrito un libro intitulado *El Presidente Arévalo y el retorno a Bolívar*. Es un libro de cordial estimación y de simpatía por la obra del joven Presidente de Guatemala; es, como lo dice el autor mismo, un libro que habla de un hombre que por sobre el amor a su patria, encauza su proyección más íntima y querida a la reconstrucción de la Federación de Centroamérica, como un primer paso para la América unida y fuerte que soñara Bolívar.

El tema es interesante en sus varios aspectos, y Alvarez Elizondo lo desarrolla con agilidad y conocimiento de causa. La personalidad del Dr. Juan José Arévalo se destaca en la obra en un cuadro de legítimo realismo, con nítidas perspectivas y ajustada profundidad. El autor pudo haber dicho mucho más del hombre pero prefirió dejarlo en un esbozo suave de íntima amistad que el lector encontrará en el capítulo inicial del libro.

El interés del autor va a la obra política de Arévalo. Señala la noble lección de democracia que el Presidente ha dado a América en su lucha contra la dictadura y el nazismo; en su denuncia de los tiranuelos antillanos y centroamericanos; en su defensa de la integridad territorial del continente; en su apoyo a trabajadores y campesinos. Uno de los puntos esenciales del programa político del doctor Arévalo es el de la Federación de los países del istmo. Alvarez Elizondo expone la materia con suma claridad basándose en los discursos del mandatario. Nos habla por fin del sentido moral del estadista guatemalteco con estas palabras: "Ha dado a los juristas una nueva interpretación de soberanía y del concepto de golpe de Estado; ha exigido desinterés y heroísmo en la función pública; y todo eso lo resume Arévalo en una sola frase, golpeando a las puertas de nuestra molicie cívica y gritándonos desde Guatemala: ¡Hay que volver a Bolívar!"

Alvarez Elizondo no ha creído oportuno el comentario de la labor pedagógica y filosófica de Juan José Arévalo, lo que para mí constituye una falta grave en la apreciación del político, ya que toda su acción es el resultado directo de las ideas contenidas en sus obras intelectuales. De un libro de tan puro idealismo con *Evasión y Retorno* se desprenden enseñanzas vitales, fuerzas que trasmutadas en acción nos explican lo que el Presidente de Guatemala está haciendo en su país. El pensador es el padre del político y esto, que parece un lugar común, debería ser profundamente meditado por esos caudillejos hispanoamericanos que gobiernan con ametralladoras y con empréstitos norteamericanos.

La publicación de este libro es oportuna; se estaba haciendo un gran silencio de conspiración alrededor de la gran obra social del Presidente Arévalo y ya era hora de que las juventudes de América se dieran cuenta de cómo un verdadero Maestro trabaja la realidad política en nuestro continente. Es oportuno también por razones de orden más práctico: es necesario que los idealistas de América sepan que todavía queda en este hemisferio un país en donde los hombres libres pueden hablar, opinar y discutir con entera libertad.

Arturo TORRES RIOSECO.

Berkeley, California. Febrero de 1948.

De su nuevo libro...

Bon Repos,
Playa de Puntarenas, Costa Rica.
Enero de 1948.

Señor Ingeniero
don Vicente Echeverría del Prado.
México.

Mi buen amigo:

Estaba, de nuevo, en deuda con usted. Hace tiempo que quería acusarle recibo de su amable carta y de su nuevo libro *Perfiles Inviolados*, pero como que no los de los que acostumbran corresponder con tarjetitas con expresiones insubstanciales, sino de los que leen lo que les regalan, esperé a tener una ocasión para poder dedicarle un tiempo largo y, ya ha llegado.

Frente al mar que no se cansa de contarme sus cosas milenarias, inundado de sol y de silencio, he leído con unción su libro, porque sabía que con unción sagrada había sido pensado.

La dedicatoria a su hijo es una página bellísima que todo padre debiera tener enmarcada en oro, a la cabecera de su cama, para leerla cada día después del Padre Nuestro. ¡Qué cosas más bellas le dice usted! "Apasiónate, hijo mío, apasiónate". En estas palabras hay todo un programa integral: sin pasión, ¿qué puede haber? Lo de ahora: todo lo negativo aflorando a la superficie de lo más negativo: la ciudad. Y en su epístola, continúa diciéndole: "El mundo hará cuanto pueda por vendarte con su negrura y con su impotencia de milagro... Tratará de incrustarte continuamente en los ojos y en los oídos las formas de apretujamiento gregario con las que se juzgan salvados de su personal responsabilidad. Si de ti has de responder frente al Altísimo, responde, también, de ti ante los hombres. Jamás persigas el oro como fin; el que lo hace, arrostra la caída sobre los surcos de opacidad en los que el sueño se engusana... Un minuto de la realidad del sueño, vale por todos los siglos del sueño de la realidad. Los hombres no podrán entenderte, en medio de sus fangosas interpretaciones, y serás una isla de destilamiento de fina angustia y de gozo delicado..."

Con sólo esta dedicatoria su libro sería un libro; pero el contenido delicado y sutil como el de los otros suyos, lo acredita de óptimo entre lo bueno. Y siempre con ese doble decir de las cosas sutiles e intocables.

"Padre, me diste todo, pues me diste,
con tu suave mirar, de azul risueño,
el ámbito de ser para el ensueño,
el ensueño en que el ámbito consiste.

Padre mío, tus labios me citaron
cuando se abrieron trémulos al verso
donde las prosas del saber me hallaron,
y estoy humedeciendo el terso
añil donde tus ojos se secaron
pretendiendo mojar el universo"

En *Sonetos para un retrato imposible*, los ojos del alma hacen decir:

"Carne redonda como la impaciencia
que funde al blanco su estación
[de plata
en los vivos jazmines de la grata
temperatura de su continencia.

El seno, tibio de esperar en fiesta,
la pierna dura de candor innato..."

Y en *Manos ciegas:*

"Blanca para ser color
en idioma de diamante;
joya para ser instante
en eternidad de amor.
Tal vez agua de dolor
para un remanso fragante
o camino palpitante
para el pulso buscador.
Así mis ojos te tocan
con manos que te han soñado;
ciegas, las manos evocan
ojos que no te han tocado,
y los labios equivocan
palabras que te han callado".

En los *Linderos de la hora:*

"Esta tarde disuelta y silenciosa
vino a ofrecerme soledad y encanto,
pero yo llevo multitud de llanto
en el grito vital de cada cosa..."

En *Dédalos:*

"En su vasto temblor la vida envuelta
desparrama senderos de minutos
por donde van los sueños y los lutos
peinando sombras con la brisa suelta.
Hay como luz de oscuridad disuelta
y entre la noche, brillantez en frutos:
la paradoja es manto de tributos
a la interrogación nunca resuelta..."

En *Las playas de la fiel ausencia:*

"Espuma de mar de rosa,
rosa de espuma de mar;
blancura, que por volar,
se mancha de mariposa..."

En *La mancha de silencio:*

"Eco en polvo es el espacio,
fatiga infértil el pecho;
la razón, mudo barbecho
a la certeza rehacio;
y el olvido un gran topacio
montado en bruma de anhelo
con que opaliza el desvelo
a la conciencia indecisa
y la vuelve parabrisa
contra la brisa del cielo".

Todos sus versos, amigo dilecto, manifiestan trascendencias de su alma varonil, noble y orgullosa de ser lo que es. No le importe su soledad porque sabe, como otros muchos, que en ella se valora la hombría que uno lleva. Sentirse solo, es afirmación de creencia creadora. Sólo en la soledad han nacido los milagros. De las agrupaciones amorfas es la irresponsabilidad; por esto, como usted, pienso que después de este caos de desorientación, cada uno volverá a ser eje de su propia vida, y la de todos será bella, equitativa y buena.

Con un abrazo,

Lorenzo VIVES.

LA CULTURA Y EL LIBRO

Por Salvador CAÑAS

(Es un recorte de *La Tribuna* de San Salvador, El Salvador, del 11 de febrero de 1948. *Envío del autor).*

A menudo se confunden ambos términos: cultura y civilización.

Germán Arciniegas, publicista colombiano, opina: "Decían muy bien los españoles, en el tiempo de la conquista, que reducían a los indios a su civilización, por el sólo hecho de imponerles su policía y bautizarlos. Esos indios, en realidad, seguían siendo tan incultos como antes, o tan agrestes y rústicos, pero, desde luego, ya estaban reducidos a la vida civil, vale decir: quedaban civilizados. Por eso, dentro de nuestro tiempo se ha dado este fenómeno sorprendente y paradójico de muchedumbre de pueblos que están dentro de nuestra civilización y son fundamentalmente incultos. Que saben moverse en automóvil y se ignoran a sí mismos de un modo radical". América tiene lo fundamental para formar su propia cultura, sin que esto signifique, claro está, desprecio por las otras. "Basta —dice el pensador citado— el deseo de saber de nuestra vida, y el ánimo de pulirla y levantarla". Existiendo tal deseo, o sea el de elevar la vida a las cimas de espiritualidad radiante, puede iniciarse la elaboración de una cultura. Esta es la lucha en que están empeñados estos pueblos: hacer su cultura, poseyendo los propios elementos básicos. Pero ¿será posible forjarla en ambientes donde privan los individuos sórdidos? Indiscutiblemente existe el propósito de superar la vida, es decir, el propósito de "pulirla y levantarla", pero no ha de cumplirse con plenitud en tanto no desaparezcan los privilegios y los monopolios. La cultura debe socializarse, debe extenderse a todos los sectores en un noble afán de capacitar a los individuos en función de ellos mismos y del medio. "Para llegar a esas fórmulas íntimas de florecimiento intelectual", precisa la difusión de una cultura que no reconozca límites de clases sociales, de colores, de tamaños, de recursos específicos para determinados tipos.

Las mismas etapas recorridas por la enseñanza universitaria, la cual ha sido: primero, de carácter medioeval; segundo, capitalista, que en muchos países todavía lo es, para convertirse, finalmente, en socialista, esas recorre y recorrerá la cultura en general. Los reaccionarios no admiten que el pueblo se cultive en forma amplia A mayor ignorancia, mayor facilidad para la explotación y el dominio. Porque somos "fundamentalmente incultos", el de dentro como el de fuera, nos hace sus víctimas. Podemos adquirir automóviles, radios; tener calles pavimentadas y construir palacetes, que en el fondo seguiremos siendo "tan agrestes y rústicos", como nuestros antepasados. Al contrario, si logramos ser "fundamentalmente cultos", en otras palabras, como expresa el pensador aludido, "si fijamos los términos de nuestro desenvolvimiento espiritual", entonces, tanto como individuos como colectividades, habremos adquirido preponderancia y fuerza. Podemos demostrar capacidad asimilativa, consustancializándonos con otras culturas sin perder la propia personalidad. El peligro estaría en disolvernos en las otras, naufragar con detrimento de la propia aptitud. Poco más o menos "estamos reducidos a la vida civilizada"; pero faltará lo hondo, o sea el conocernos a nosotros mismos, para engrandecernos y dar los frutos de nuestra propia elaboración, de nuestro trabajo interior.

La cátedra, la tribuna, el libro, el folleto, el periódico, la radio, son los medios expeditos y eficientes para difundir cultura. El secreto estriba en poner esos medios al alcance del pueblo. Sobre todo se piensa en el libro, que debe pasar de mano en mano, como corrientemente se dice. Nos referimos al "libro para siempre", el que prefería Ruskin, o sea el que contiene la doctrina permanente, el que sugiere y guía con rectitud y alteza. Que existe también el libro agradable, la novela, la biografía, bueno para leerlo en la velada familiar. Pero debe leerse el libro fundamental como vehículo de cultura. El libro henchido de verdades eternas. El libro que eleva el pensamiento a regiones estelíferas. En síntesis: ¿qué expresión de belleza no plasmó el libro clásico? ¿qué hondura filosófica no expuso? ¿qué visión de los destinos del hombre no reveló?

El libro, indefectiblemente, es genuina expresión de cultura. El resume la ideología, el carácter, la orientación, no sólo de un individuo, sino de un pueblo. ¿El individuo o pueblo es de mediocre sensibilidad y pensamiento? Su expansión: el libro será mediocre. Pero esta mediocridad acaso no dependa del individuo o pueblo en sí. Pueden existir causas exteriores de mayor presión, como la falta de libertad para discutir ideas; el temor mismo de que estas ideas circulen, porque minen regímenes social-políticos en desuso y descrédito.

Perogrullescamente se ha dicho: en ambientes de opresión no florece la cultura. Y es lógico. Así se ha observado —ayer y hoy— que los hombres de pensamiento expían su culpa de ser justos y mentales, en cárceles o campos de concentración, o mueren a manos de la barbarie, como premio al esfuerzo por la grandeza y bienestar de sus pueblos.

Concurren varios factores a la manifestación mediocre de un individuo o pueblo: la falta de libertad; las corrientes regresivas moviéndose incesantemente, para oponerse al surgimiento de una nueva conciencia; el contentarse con finalidades inmediatas, de corto alcance; el aceptar sistemas económicos de centralización.

Se mide la cultura de los pueblos por la producción científica, literaria o artística. Los periódicos, revistas, folletos, libros, expresan estancamiento o avance. A veces los individuos o pueblos son rehacios a las normas superiores. ¿A qué preocuparse porque la ciencia investigue y experimente como una necesidad individual y colectiva? ¿A qué preocuparse por el estudio de sistemas filosóficos, ya discutidos y aceptados y por el estudio de los nuevos para orientar, clara y sólidamente, el pensamiento de los pueblos? ¿A qué preocuparse por la educación a fin de elevar el estándar intelectual y delinear la personalidad de los mismos pueblos? ¿A qué preocuparse por el esplendor del arte, como purísima expresión del espíritu, aunque se tenga la convicción que de los pueblos antiguos y de los modernos al desaparecer ha quedado y quedará él, intacto e irradiante? ¿A qué preocuparse por lograr alguna modificación en la estructura económico-social para destruir las desigualdades de hoy? Los hombres deben alentar sueños y propósitos por el mejoramiento colectivo.

ASPECTOS GENERALES DE LA MEMORIA educacional de Don Mauro Fernández

(En el *Rep. Amer.*)

I

Resulta harto difícil, sostener la atención de un auditorio tan distinguido como el que me escucha, cuando como en el caso presente, lo hace mi incapacidad intelectual, pero apartando esa deplorable condición humana, yo invito atentamente a los aquí presentes, a que por unos minutos, pongamos en comunión nuestros espíritus con el del superior y glorioso de Mauro Fernández.

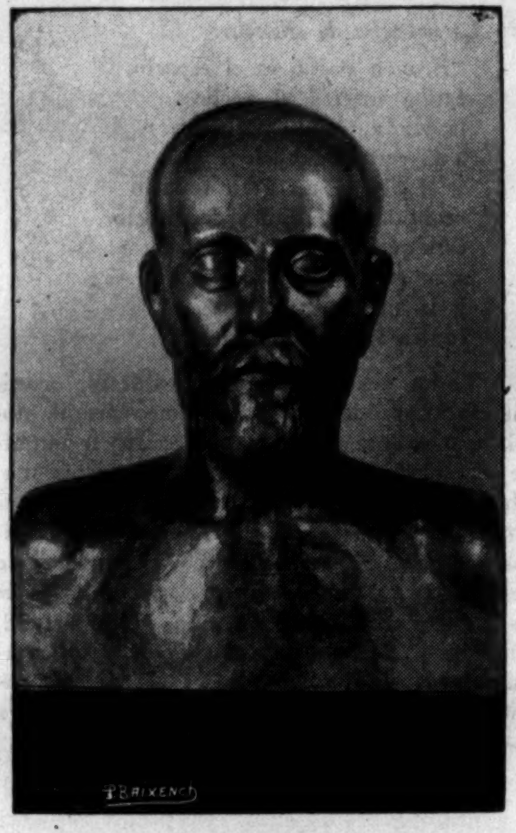
El está aquí en este momento con nosotros. A pesar de que cuánto se le ha pretendido oscurecer. Pero los maestros conscientes no lo permitirán; no permitirán que se pague con el olvido, la vida ejemplar puesta al servicio de la patria, de este gran costarricense.

Exactamente hace hoy seis años, decía don Ricardo Jiménez a un redactor de *La Tribuna*, caminando por la calle en sostenido diálogo, propio de los tiempos áureos de Atenas: "Bien está, decía don Ricardo, cuanto se haga en honra de la memoria de don Mauro Fernández que es uno de los verdaderos valores de nuestra historia patria. Y lo mejor que podría hacerse, es conservar con cariño la trayectoria de su obra hecha con tanta visión y afirmar sus principios que son abono, el mejor, para las instituciones liberales de una nación democrática".

II

Era el año de 1885. Epoca en que en nuestra patria, a pesar de que llevábamos 64 años de vida independiente, la ignorancia tenía firmemente plantada su tienda; con decir que de 182.073 habitantes con que contaba el país, solamente sabían leer 21.000 y leer y escribir 26.000 en números redondos. En todo Costa Rica apenas había 176 escuelas, pero en estado deficiente de organización; los maestros del país eran por todos, 229; de éstos en la provincia de San José, 7 eran de título elemental; los demás eran lo que llamamos aspirantes, pero una clase de aspirantes sin los conocimientos ni del segundo ciclo elemental de educación.

Alajuela se distinguía, lo mismo que la provincia de Heredia, porque cada una tenía un maestro de título Superior. Alajuela tenía además 18 maestros elementales. Guanacaste no contaba con maestros titulados, y había solamente 23. Pero Puntarenas estaba en peores condiciones porque sólo tenía 5 maestros. Mas batía el record la provincia de Limón, que no tenía ninguno. Había Inspectores de Escuelas solamente en las provincias centrales o sean San José, Alajuela, Cartago y Heredia. Los gastos de la enseñanza primaria en ese año, o sea en 1885, alcanzaron la suma de $ 79.941.41; se matricularon 12632 niños por 14.477 que no lo hicieron. Cálculos alegres decían que sólo el 5% de la juventud se quedaba sin instrucción, pero don Mauro constató que se quedaba sin la elemental instrucción cerca del 47%. Señala al mismo tiempo, en su memoria, detalles minuciosos como el de que la educación de cada alumno costó al Estado ese año, la cantidad de $ 6.32. Agreguemos a esa decadente situación, la circunstancia de que en ese año, el Gobierno se vió precisado a decretar el cierre de las escuelas con motivo del conflicto centroamericano promovido por Justo Rufino Barrios, y tendremos completo el cuadro de lo que era nuestra incipiente instrucción o educación primaria en 1885, época en que don Mauro para felicidad de Costa Rica, llegó a ocupar el Ministerio de Instrucción Pública, o sea actualmente el de Educación Pública.



Mauro Fernández
(Repujado en cobre por *L. Feron*)

Don Mauro lo dice clara y llanamente: "En materia de enseñanza elemental está todo por hacer; lo llama un conjunto sin orden, concierto ni plan, en que cada maestro sigue el método que más le acomoda, y hace lo que buenamente quiere y puede, sin sujeción ni respeto alguno que lo ate en ningún sentido".

III

En los postreros días de 1885, con firme y serena palabra, anuncia don Mauro al país, por medio de la prensa y del Congreso Nacional, el evangelio de la liberación de la ignorancia. Se quedarían absortos de admiración aquellos costarricenses que él muy bien llamaba Padres de la Patria, al oír de sus labios el plan de trabajo que abriría el camino al más grandioso de los acontecimientos de la Costa Rica de fines del siglo XIX: la Reforma Educacional Costarricense!

Con estas palabras se inicia la nueva era: "Hoy no se discute ya en ningún pueblo ilustrado sobre las ventajas y necesidad del esparcimiento de las luces y es verdad averiguada la de que la educación es la base de las instituciones, y que camina derechamente a su ruina todo pueblo en que el oscurantismo establece su tenebroso imperio".

Don Mauro, el idealista, que lo mismo juega con la fría expresión de los números estadísticos que le dicen elocuentemente de la necesidad de la reforma, lo mismo que su clara concepción de los problemas del país, refuerza su tesis con la firme convicción de un cruzado que ha puesto el caudal de su existencia, al servicio de los intereses más elevados de la patria; por eso agrega: "No debe, pues, haber vacilación, y cualesquiera que sean las circunstancias del Tesoro y las erogaciones que la reforma exija, si amamos de veras a la patria y no nos es indiferente su grandeza o ruina, menester es que formemos la resolución inquebrantable de poner en juego todos los recursos que estén a nuestro alcance, para convertir en realidad el perseguido ideal".

Los puntos culminantes de su reforma fueron:

I.— Ley de Educación Común que comprende:

a) Fuentes de vida propia para la enseñanza;

b) Creación del Cuerpo Nacional de Educación, de cuerpos provinciales y de distrito;

c) Fundación de escuelas normales;

d) Aplicación del método froebeliano;

e) Publicación del Código de Educación y de Programas;

f) Organización de la estadística escolar.

Todos estos problemas tienen vida alrededor del económico; por eso insiste en que se le creen rentas propias a la instrucción pública.

Necesario es decir, que don Mauro tuvo que luchar contra las ideas reaccionarias de un partido político de aquella época, que se oponía a las ideas de renovación, convirtiéndose en defensor de los métodos tradicionales.

Pero la escuela para él era el centro de formación del ciudadano; la escuela para él, era el centro donde se aprendía a amar a la patria; la escuela para él, era el crisol donde se formaba el sentimiento de la dignidad y del hábito del trabajo; la escuela para él, era el templo donde se enseña a pensar y a raciocinar, y en fin, para él la escuela era el medio para librar al hombre de ser instrumento de pasiones y de intereses ajenos, convirtiendo al ciudadano en guardián de sus propios derechos.

Caballero digno de figurar en las Vidas Ejemplares del Continente Americano, plasma una nueva aurora para el país, al dejar colocados los cimientos de la reforma educacional, cuyos frutos él comenzó a saborear, pero que sus resultados amplios y sus proyecciones nos tocó a nosotros contemplar, que enaltece a la patria en el extranjero, cumpliéndose sus palabras proféticas, cuando erguido en su tribuna decía: "Para que la república alcance los venturosos días destinados a que la llaman su posición en el planeta, su feraz y variado territorio, su raza homogénea y la índole excelente de sus habitantes".

IV

He aquí al sembrador que comienza a cosechar los primeros frutos de la simiente esparcida. Tomemos los costarricenses de don Mauro esta lección: a todo lo que realizó, lo precedió un plan rigurosamente científico; nada de improvisaciones. Todo su plan a base de madurez, de observación, de consulta y de profundo análisis de nuestro medio. A eso débese que su labor educacional vive y es como el Partenón de la patria.

La Ley de Educación Común dió personalidad a nuestra organización educacional, tocó todos los problemas vitales: idoneidad para el maestro; edificios adecuados, útiles escolares, métodos de enseñanza, compulsión,

(*Concluye en la página* 305)

PENSANDO EN DON RICARDO...

(En el *Rep. Amer.*)

Personas más autorizadas habrán de emprender la honrosa tarea de estudiar a don Ricardo en sus múltiples aspectos de hombre público, jurisconsulto, escritor, político, orador, gran polemista y otras actividades a que consagró su vida y que le valieron por fecundas el justo título de Benemérito.

Conocer las materias en que su espíritu se especializó, conocerlo a él de cerca, haberlo seguido con atención en su gran trayectoria de hombre de meditación y estudio facilita el trabajo.

No es ese mi caso. No entiendo ninguna de estas cosas y jamás tuve el honor de conocer a don Ricardo personalmente. Sin embargo sé que él puede ser para cualquier costarricense de corazón y de juicio un dilecto tema sobre el cual cabría extenderse ampliamente dentro de los anchos límites del cariño, la admiración y el reconocimiento de sus relevantes e indiscutibles méritos.

Desde nuestra infancia, oíamos en el hogar de labios de nuestros mayores, el elogio para él, la seguridad de que estando el poder en sus manos, serían conducidos con acierto los destinos de la patria, y a través del sentido cívico que con los años se nos iba formando, asociamos en nuestra alma juvenil a ese sentido su gran figura de hombre público en cuyo tino y visión todos confiábamos.

Ahora yo me imagino que, estando lejos de Costa Rica, evocar intensamente ciertas cosas nuestras con las que todos nos hemos familiarizado desde niños, ahondaría nuestra nostalgia. El paisaje de nuestra meseta dentro del que se destaca la silueta inconfundible del Irazú con el disco del sol que se asoma todos los días sobre aquella ascendente línea azul, las carretas pintadas avanzando lentamente por los polvorientos o enlodados caminos, los cafetales florecidos de blanco en abril perfumando el aire con ese aroma que todos conocemos y los granos maduros de rojo en noviembre, las iglesias de los pueblos siempre frente a una plaza verde a las que concurren los fieles mudados y almidonados los domingos, las tapias de las casas coloniales adornadas de guarias por los días de la Semana Santa son cosas que dentro de lo emotivo nos han formado un hondo y singular sentido de la patria.

Pero al menos en mi caso yo sé que si en cuanto a lo objetivo existen todas esas cosas con que nos hemos familiarizado tanto y cuya particularidad a todos nos une ya porque en cuanto a unas la naturaleza fué exclusiva en sus dones o por su arraigo y tradición las otras, en lo que toca al mundo de nuestra objetividad, también el cielo al hacernos un gran regalo en la persona de don Ricardo Jiménez, grabó en nuestras conciencias un particular sentido de la patria y estableció quizás uno de los más fuertes vínculos que nos unen a ella.

Con "El Brujo del Irazú" motejó alguna vez a don Ricardo la admiración, el cariño, quizá el ingenuo desconcierto que nuestro pueblo sintió ante su talento. Y es que la personalidad es en el hombre un fenómeno psicológico tan interesante que tal vez, por la relación que guarda con lo que venimos tratando merezca considerarse y analizarse. Si nos concretamos al tema éste nos la sugiere como un proceso de sublimación de las virtudes y nobles cualidades de un pueblo que se cristalizan con fulgor diamantino en un grande hombre, convirtiéndolo en espíritu tutelar y representativo.

Tan costarricense como el Irazú, como el aroma de los azahares del café, como la tonalidad cromática de la flor nacional es don Ricardo, y tan costarricense como el conglomerado humano que, con sus particularidades étnicas sociales y espirituales, habita en este pequeño rincón de nuestra América.



Ricardo Jiménez Oreamuno
(Visto por *Juan Manuel*)

Un pueblo pacífico, se dice, poco fanático me parece a mí si se compara con otros del continente y con otras virtudes de las cuales la del humorismo, la del chiste, la de cierta jovial resignación con que acepta y recibe las vicisitudes y los acontecimientos es probablemente la más interesante. En parangón con nuestras hermanas de Centro América por ejemplo, ya sería casi un lugar común ponerse a establecer diferencias sobre todo en el aspecto político.

En esos otros países hay hondas disenciones, rencores, odios profundos y se escuchan con frecuencia esas románticas y necias interjecciones a lo Echegaray: ¡Me la pagarás! ¡Nos vengaremos! ¡Con esa no te quedas! Pero aquí, más discretos tomamos las cosas como aconseja el filósofo chino con realismo y con humor. Y sonreimos, olvidamos, confiamos en el tiempo que al transcurrir comienza a empequeñecer hasta la justa y corriente dimensión o hasta el ínfimo tamaño de lo ridículo lo que en otro momento creían los exaltados que era de proporciones catastróficas y descomunales.

Don Ricardo, al asumir la presidencia dejaba en sus puestos a los llamados "enemigos políticos". Para su juicio, es probable, esas dos largas palabras resultaban, dada nuestra realidad social algo aparatoso y sin sentido que sin jactancias y a más no haber sustituía por esta otra de "perdón" y la cual quitándole trascendencias teológicas no viene a ser más que la imposibilidad de un alto espíritu a descender hasta el nivel de los reparos y las mezquindades y las menudencias efímeras mientras haya principios nobles en cuya realización está empeñado y a cuya causa se consagra íntegramente. Cuando, según cuentan, uno de sus servidores de la casa presidencial alarmado ante un tumulto dirigido por algún jefe exaltado que pedía la cabeza de don Ricardo, llegó donde éste a comunicarle la siniestra consigna, el presidente contestó en actitud flemática y festiva: "Bueno, pues si pide mi cabeza es porque él no tiene cabeza".

Ejemplo trascendental y vivo es el suyo. Asumiendo ante la vida una posición progresiva se acoge a las doctrinas del liberalismo y conforta su espíritu con los mejores libros, entre ellos la Biblia que leída con inteligencia es inspiración inagotable de progreso de sabiduría y de justicia. Y así, con la agilidad que da a la mente una amplia y profunda cultura supo comprender también los signos de los nuevos tiempos. Tener la humildad y al mismo tiempo la flexibilidad de reconocer que las teorías hoy predominantes se hacen en determinado momento insuficientes o caducas y en ese crucial momento no comenzar a volver hacia atrás la cabeza para quedarse mirándolas estérilmente hasta convertirse en estatua de sal, sino acoger lo que surge de más hondas especulaciones y de nuevas verdades es una de las más fecundas enseñanzas que nos da la vida de esta figura prócer. Hoy que un mundo en convulsiones busca incesantemente nuevos y más seguros derroteros para orientarse, deben las juventudes meditar en esto y extraer de la fuerza de una sinceridad bien cultivada ese ánimo audaz y certero que los proteja contra fatales posturas anacrónicas.

Avidos lectores de sus reportajes, buscábamos en ellos la esencia exquisita de su ironía que saboreábamos con deleite y luego, bajo la gracia de la dicción y del ingenio surgía el argumento, la tesis firmemente planteada desde el punto de vista de la filosofía, de la justicia o el derecho.

Y así, su amplitud de visión, su gran talento y su gran cultura, el respeto que inspiraba su autoridad moral y que le permitía ser auténticamente enérgico en las debidas oportunidades, fueron cincelando en él la clásica elegancia del patricio que hoy todos veneramos. Por eso, en la medida en que sigamos el luminoso y providencial ejemplo de este grande hombre, que como un roble enhiesto hundió las raíces en la realidad histórica y social de su pueblo, para elaborar con sustancias fecundas el fruto de su sabiduría, en esa medida se salvará la nación y habrá para nosotros cultura y prosperidad. Pero lo otro, que el don Ricardo maestro de maestros nos acostumbró a entender como cosa de mal tono y pésimo gusto, o sea, subirse atolondradamente al trampolín de lo empírico para lanzarse en pirueta trágica y suicida hacia el abismo, sin ahondar antes los hechos, animados por un prudente espíritu de análisis que nos dé una más sabia y menos romántica o descabellada solución; o eso de imitar el lamentable equívoco en que tan a menudo caen pueblos militarizados que creen resolver sus problemas mostrándole al adversario en ademán rugiente e irredimible los ancestrales colmillos de las fieras, no es civilización ni es cultura ni puede conducir a nada efectivo y edificante que no sea desconcierto, barbarie y caos.

Por eso insisto en que para los costarricenses la figura de don Ricardo Jiménez será como aquella gigantesca imagen de facciones maravillosas esculpida por la Naturaleza sobre el corte vertical de una roca que describe Nathaniel Hawthorne en su famoso cuento: "La gran Faz de Piedra".

Los habitantes del valle dominado por la montaña contemplaban la majestuosa efigie

sobrecogidos y admirados, porque la expresión era al mismo tiempo grandiosa y dulce como iluminada por el destello de un vasto corazón que todo lo cubría con sus afectos.

Ajustarse a aquel divino arquetipo del Bien tallado en piedra por la naturaleza constituía una mística, era el idea de los habitantes del valle, hasta cumplirse la realización de una antigua leyenda por la que, alguien de entre ellos, el más humilde y sabio, habría de ser la idéntica expresión humana del grandioso modelo.

Emilia PRIETO.

VERSOS NUEVOS
de Joaquín Gutiérrez

(En el *Rep. Amer.*)

DE LA VIDA QUE NACE

Cera y ceniza:
un niño nace;
una burbuja
que se deshace.

Savia y saliva:
un árbol crece;
pasa una nube
que permanece.

Agua y espejo
sobre la brisa:
una conciencia
que se desliza.

Niño, árbol, ciencia,
espejo, lodo,
burbuja y nube:
lo tengo todo.
lo tengo todo,
lo tengo todo.

DE LA VIDA DIALECTICA

Entre la arena
crece un junquillo:
mimbre de caña
o caramillo.

La luz desciende
sobre un pañal:
cabe la vida
en un dedal.

Lejos: la muerte.
(Lejos, muy lejos)
Reflejos negros
no son reflejos.

La muerte huye
y aunque la eluda
la luz la alcanza
y la desnuda.

Sobre la arena
la luz va y borda;
se hincha la ola
y la desborda.

Queda la gota
de pura nieve:
vida que cambia
no es vida breve.

Lancé mi vida
al tapete verde:
sólo se salva
lo que se pierde.

Mi propio tiempo
jugué al azar.
Hoy tengo el pecho
sensual del mar.

Y así pensando
y conversando
voy caminando.
voy caminando.

DE LA VIDA QUE MUERE

Mala la muerte:
ni amigos tiene.
Un juez no falta
que la condene.

Dedos de cal
bajo su túnica:
nuestra enemiga
debía ser única.

Crece entre el moho
y en el hollín:
no tiene forma
ni tiene fin.

Cuando nacemos
ya nos abraza,
junto a nosotros
su vida pasa.

"¡Vivan de prisa
la primavera!":
porque ella sabe
que nos espera.

"En el verano
nos divertimos"
que ya hoy no somos
lo que ayer fuimos.

Y pasaremos
y cambiaremos:
todos tendremos
lo que perdemos.

Wash. D. C. Dicbre. 1947.

HOSTIA SANTA

(Envío de *Sam. Arguedas*, en México, D. F.
Nos dice:
"Esa bellísima composición para *R. A.*)"

Tortilla; noble hija del maíz,
nieta del sol y el agua;
fécula milagrosa y sacrosanta
que en el vientre sagrado de la tierra
germinaste y fuiste alma,
nervio y vida
en la carne del paria.

Tortilla; manjar regio del humilde,
que alimenta y que salva,
rico potaje en el festín del indio
y sangre en los veneros de la Patria.

Sobre el negro comal, cual flor de loto
sobre un oscuro y misterioso lago,
eres tapiz de trazo caprichoso
que está bordando la morena mano.

Y en el cesto de mimbre que acolchona
la blanca servilleta deshilada,
caes envuelta en vapores transparentes
mientras tu vista el apetito inflama.

¡Oh blanco disco alimenticio y sano
que llegas a mi mesa cada día
cual mensaje de Dios!,
y ya en mi mano
eres piadosa flor de eucaristía.

Te bendigo porque eres alegría
en manos del piadoso que te besa,
dádiva milagrosa para el pobre
que taciturno por la vida pasa;
hostia santa de paz que canta y reza
entre las manos de luciente cobre,
que en ademán de redención se tienden
ante el comulgatorio de la raza.

Fidencio FLORES.
(Coahuilense).

KERYLOS

Escenario de un idilio inmortal

Por *Cornelio HISPANO*

(Es un recorte de *El Tiempo* de Bogotá. *Envío del autor*).

No había despertado en mí la razón y ya me eran familiares en mi ciudad natal las cosas de que se habla en el libro de Jorge Isaacs, porque de la hacienda de "Zabaletas", propiedad de mi familia, llegaba a nuestra casa todos los sábados el machito remesero con la angarilla cargada de guangos de plátanos, pollos en jigras; arroz, cacao, panelas, tasajos en guambías. Después, en las primeras vacaciones escolares, fuí a Zabaletas, a dos horas de Buga a caballo, pasando por Sonso y Pichichí y vadeando "Las Guabas" y el "Paporrinas". Desde algunos ribazos del camino podían divisarse los fértiles campos de "Cananguá" y las lejanas lomas de "El Pindo", teatro de una de nuestras antiguas reyertas políticas. Cuando la remesa no llegaba el sábado, era sabido el motivo del retardo, y el peón lo expresaba al día siguiente en esta forma: "El Paporrinas y Las Guabas estaban por los montes. Imposible pasar".

Era "Zabaletas" una vasta hacienda de crianza y labranza, tierras abundantes, que se extendía hasta las faldas de la cordillera, y la regaban el río que le dió su nombre, manso y transparente, y la quebrada de "La Ronda", que le ofrecía sus iracales venturosas y azucenas silvestres. En la amplia casa invitaban al reposo y al silencio el jardín y el gran huerto de excelentes frutales, de los que quedan algunos. A corta distancia discurría el "Paporrinas", de aguas apacibles apenas turbadas por el temblor de los sauces. Es "El Paraíso" de *María*, que sus antiguos moradores llamaron "Las Playas" porque en los fuertes veranos esas pampas, tostadas por el sol canicular, se asemejan a las amarillentas playas del mar. Es el Valle caucano, empapado de poesía, de colores y melodías en sus verdes y celestes prados, húmedas y líricas llanuras y montañas; allí la brisa deshoja las rosas de pétalo a pétalo, y la vida en el campo es una pausa de dulzura y de encantamiento, las arpas de los árboles suspiran baladas, lieds y pastorales: *Deus Naturae*.

Reunidas allí, en prodigioso conjunto, todas aquellas cosas sobre las cuales Corot veía esparcida la bondad y Millet la resignación, nos dan la sensación de la eterna Grecia, son los mejores intérpretes de los poemas clásicos y explican por qué el poeta Paul Arene, cantor de las cigarras, invitaba a Anatole France a ir a Provenza a conversar con él y Mistral, bajo los negros cipreses de Maillanne, si quería convertirse en auténtico griego y gustar y comprender mejor la *Ilíada*. Es el Paraíso del Valle, causa de mi leticia, donde los propicios hados derramaron su cornucopia de riquezas y se nace eupatrida como se nace hombre, cuyos bosques y colinas se ven todas las tardes bañados por esa luz de topacio, apacible y misteriosa, que los campesinos llaman el "sol de los venados", sin duda porque es "la hora en que esos habitantes de las espesuras salen a buscar pastos a las altas cuchillas, en los declives de los montes, o al pie de los magüeyes que crecen entre las grietas de los peñascos". Nubes de rosa y de oro flotan sobre el Valle mientras la estrella del pastor se enciende como una antorcha en las cumbres de "La Victoria".

"Los atenienses tenían la antiquísima costumbre de vivir en el campo", escribió Tucidides. Muchas veces he repetido esas palabras al recorrer las campiñas del Valle caucano. Cuenta Goethe que, al pisar la frontera del Tirol y divisar el lago de Garda, vino a su memoria, fresco y palpitante, este verso de Virgilio:

Fluctibus et fremitu
Resonans Benace marino;

con tal exactitud el cisne mantuano, a quien las musas del campo dieron el encanto y la ternura, había interpretado la belleza de su tierra natal e impreso en ese pasaje el calor de su corazón.

Napoleón amaba tanto la isla de Córcega, donde nació, que pretendía reconocerla por el olor del siste respirado a muchas leguas en el mar. Ese fino instinto del Gran Corso, nosotros los vallecaucanos lo comprendemos y nos orienta cuando, descendiendo del norte, desde la más alta cumbre de la montaña se divisa el Valle. Allí, con las palpitaciones del corazón, sentimos el aroma de la albahaca y el triste canto de los pellares. Porque el valle es alegre y es triste; ese valle de agricultores y pastores donde

San Isidro Labrador
quita el agua
y trae el sol.

San Isidro, el campesino madrugador, humilde labriego de sosegados ojos y manto raído. Carga la leña atada con bejucos y recoge las espigas y las mazorcas mezcladas con flores y enredaderas silvestres; pastorea y embelesa los ganados con su flauta de cañutos, sin descuidar ordeñarlos y darles de beber, a tiempo que también vigila y cuida los perros; abona las sementeras y siempre lleva su bordón y un corderillo entre los brazos. Es el mensajero del buen tiempo o de las lluvias bienhechoras y, por ser bienhechoras, celestiales.

La humanidad fué siempre la misma en su anhelo de embellecer la vida. Así como para los pastores de Arcadia todavía hoy el gran Pan no ha muerto en su tierra feliz, y es temido e implorado a la vez; vive en las grutas y a las orillas de los riachuelos, y aún quedan ruinas de sus altares en los recodos de los caminos, a la sombra de los olivos, así en el Valle del Cauca San Isidro Labrador es implorado y temido como el Numen que puede fertilizar los campos y hacer engordar los rebaños. Cuando el sol llega en Arcadia al cenit, se detiene el hacha del leñador, las madres hacen callar a sus hijos y exclaman: "Es la hora de Pan" y hasta las aves interrumpen sus trinos en los boscajes. Así toda la Naturaleza se entrega, como una amante, al sol, cuyos rayos, decían los antiguos poetas, quedaban marcados en los cuernos de Pan, blanquísimos como las reverberaciones del cielo.



Jamás una mujer de Arcadia va a la fuente en pleno mediodía. Es la hora de Pan, el dios que asecha las ninfas, vivas también en los rumores del viento y en las canciones del agua. San Isidro Labrador es el dios Pan de los campesinos y de los pastores vallecaucanos, porque puede hacer cesar las lluvias y traer el buen tiempo, que hará sazonar las sementeras y cebar los ganados.

El Valle es alegre en las mañanas veraniegas, y triste en las horas vespertinas en que nuestra alma parece exhalar esa queja jamás consolada, esa melancólica canción que no puede alegrarse nunca de los mandurianos, hijos de Alesia:

Malinconicu cantu, e allegru mai.
(Melancólica canción y nunca alegre).

De la hacienda de "Zabaletas" al "Paraíso", escenario de *María*, se va en una hora a caballo atravesando hatos, esquivando tremedales, orillando cabañas, cortijos y arrozales, huertos donde las ramas se curvan de frutal dulzura y se siente el vaho de la tierra cálida y jugosa; donde el aire a toda hora es tan delicioso que despierta una sensación animal, parece hacer retroceder los linderos de la vida hacia los instintos primitivos del hombre aun montaraz y salvaje. En las vacaciones escolares íbamos los de "Zabaletas" y las familias de los contornos a visitar "El Paraíso", y allá pasábamos el día. Después del baño, se almorzaba a la orilla del fresco y espumoso río o debajo de los árboles y, al atardecer, regresaban las cabalgatas al valle. Así, mi predilección por el poema paradisíaco, mi amor por el poeta y el escenario de *María*, que sigo visitando desde entonces todos los años, nacieron en mi niñez. Y no sólo esas colinas sino toda la encantadora región de "Las Playas" la recorrí en aquellos tiempos al paso de un caballo zaino y de una yegua "granodeoro", renombrados en la hacienda. Sólo esos nobles brutos fueron testigos de mis deleitosos Dafnis & Cloe a las orillas del Zabaletas, en cuyos remansos se bañaban ninfas con parumas, o bajo los guabinos de Las Guabas, donde lavaban su ropa Nausicas morenas como Safo de "La Brisa" y de "Belén", de esas que se casan, entre risas, por manzanas y flores, y tienen la áspera dulzura de los panales silvestres. La belleza

o la simpatía son los trajes de lujo que visten los seres cuando sienten amor. La Naturaleza ignora la moral, pero es sabia en amor. No se recorrían esos caseríos de Santa Helena y San Antonio de Pajonales, callejones, cañadas, lomas y potreros sin que al punto despertaran en los viejos habitantes recuerdos del idilio de Isaacs. En esa chagrita, decían, viven los hijos de Tiburcio y Salomé; el joven que caracolea y quebranta ese potro cerril es nieto de Braulio y de Tránsito, y el de la castruera es su hermano; aquel es el ranchito de ñor Manuel Cabrera, de los antiguos peones de "El Paraíso". Dueños de haciendas colindantes con la de "Zabaletas", o muy cercanas a ella, eran don Darío Tenorio, don Juan Morcillo, don Torcuato Reyes, don Vicente Hurtado, todos de setenta a ochenta y noventa años, amigos o compadres de don Jorge Enrique Isaacs y de su hijo Jorge, de los que contaban interesantes anécdotas, frescas en mi memoria. Sólo el que como yo vivió y amó donde vivió y amó el poeta puede apreciar, en todo su valor, la obra inmortal, como sólo los griegos antiguos pudieron saborear las mieles de belleza de los poemas homéricos. Y es porque nunca podrá comprenderse mejor a un gran poeta que visitando la tierra donde nació, paseando por los campos y florestas que inmortalizó en sus pinturas, viviendo con las gentes y los ríos que cantó en sus idilios. Así lo sintió Goethe: "Wer den Ditcher Will Verstchen—Muss in Dichters Lande Gehen". El que quiera entender al poeta debe acudir a la tierra del poeta. El busto de Jorge Isaacs que se inaugurará en el Parque del Centenario es, pues, el óbolo de gratitud con que yo pago el sentimiento de belleza que su genio imprimió en mi alma juvenil, los recuerdos adorables del idilio inmortal, saboreado en su mismo escenario, y que desde la más tierna edad me impregnaron de su inextinguible candor y ternura. Esos recuerdos han encantado y endulzado toda mi vida.

En aquella región, y en aquel tiempo que me place recordar, prevalecían aún los instintos primitivos del hombre. Eran admirados y temidos por su fuerza corporal, arrojo, valentía y arrogancia Leonidas Conde y Abel Arias, siempre jinetes en briosísimos potros y al cinto la reluciente, angosta y larga peinilla para defender su fama de guapos y perdonavidas. De ellos se contaban inauditas hazañas de uno contra cinco y hasta contra diez, y cuerpo a cuerpo. Esos hombres, en realidad eran buenos, generosos, trabajadores, pero la imaginación popular siempre creadora de mitos, exageraba sus extraordinarias virtudes masculinas, porque la verdad es que ambos, Conde y Arias, eran gallardos ejemplares humanos: altos, calaveras, valientes hasta la temeridad, y con algo como un imán para seducir a las mujeres y amilanar a los hombres.

Un día estábamos en el corral de los samanes mirando el rodeo de unos cuarenta potros casi salvajes que acababan de traer de "Llano Arriba", cuando llegó corriendo un muchacho de la hacienda y con dificultad, por lo asustado, dijo: "Leonidas Conde, es Leonidas Conde..." Todos salimos al corredor delantero donde, jinete en un soberbio potro charolado, esperaba un hombre de zamarros de cuero de león, un lindo rejo de enlazar colgante de la silla y un fuetecito palmirano: joven, delgado, blanco, barba y cabellos negros, ojos relumbrones y con un aire entre arriscado y altanero. Habló probablemente de negocios de campo y de potros bozales para amansar. No se desmontó y, al despedirse quebrantó de ambos lados el potro, apenas lo rozó con el fuete y el animal dió varios saltos, mortales para otro que no fuera Leonidas Conde. Vencido al fin, después de los más forzados caracoleos y de pararse tres veces en las patas, temblaba el hatiqueño, sudoroso, jadeante y piafante como si sintiera en carne viva la crueldad con que, ante nosotros, lo humillaba su terrible domador. Era de los nacidos en las dehesas potriles del Valle, los más renombrados, los que, furiosamente rijosos, con sus carreras atropelladas y sus relinchos hacían retumbar los llanos de "El Hatico" y de "El Albión".

En enero de 1944, encontrándome de paseo en "La Selva", colindante con la antigua hacienda de "Zabaletas", a donde voy todos los años a bañarme en sus aguas transparentes, disfrutando de la hospitalidad de mi viejo amigo Asnoraldo Tenorio, fuí con él a visitar a Leonidas Conde en su finca, también colindante con aquella hacienda. Después de admirar en los corredores y en la sala pieles de leones y de tigres, *Felis leo, Felis tigris,* trofeos del cazador, amo de la casa, fuimos a buscarlo al cacaotal, donde dormía la siesta. Era el mismo: alto, delgado, ágil, ojos aun vivos, pero ya embejucado centauro de otros tiempos.

—Conocí mucho, dijo, a su abuelo don José María, y después a su tío don Napoleón, dueños que fueron de la gran hacienda de "Zabaletas", hoy muy reducida, y también conocí al autor de *La María* cuando fué dueño de "Guayabonegro"...

—Cuénteme, don Leonidas, cómo fué aquel encuentro suyo con un enorme tigre que merodeaba por estos contornos, de que oí hablar cuando yo venía en vacaciones escolares a la hacienda?

—Pues no, señor, eso no fué nada, contestó el interpelado. Después he tenido agarrones con fieras más acuerpadas que ese tigrecito. No es cierto, como se dijo entonces, que la fiera me atacara; fuí yo el que se abalanzó contra ella. Déjenme solo, les dije a mis muchachos apenas sentí pisadas de animal grande; el tigre que se acercaba por el matorral, donde le habíamos puesto como cebo un marranito. La noche estaba linda. Le disparé con mi revólver el cilindro, que conservo, lo herí en la paleta, voló sobre mí, escapé el golpe y le ajusté un bárbaro peinillazo en la cabeza que lo dejó tambaleando y rugiendo espantosamente. Luego llegaron los muchachos y los perros y acabaron con él. Pero no crea usted que salí del todo ileso, porque el animal casi me arranca este cuadril. Mire, entre otras, esa cicatriz.

—No se desvista, don Leonidas, doy por visto el rasguño.

—Tampoco es cierto, continuó don Leonidas, que yo haya matado a nadie. El que me la hizo me la pagó. Yo apalié a muchos, corté a algunos en desafíos a peinilla limpia, quizá invalidé a tal cual, pero no debo ningún muerto, a no ser los que maté cuando, en la pasada guerra, un batallón del gobierno me atacó en mi finca y yo me defendí en el guadual con veinticinco de mis muchachos. El batallón salió en fuga. ¡No perdimos un tiro!

De regreso a la casa de la finca, nos esperaba un grupo de lindas jóvenes y de garridos muchachos entre doce y veinte años. —Todos son hijos de Leonidas, observó mi compañero. —No puede ser, le contesté. —Y hay menores, concluyó Arnoraldo. Ya en el comedor, ante un sabrosísimo chuyaco de badea, guanábana, piña, lulos, la mayor y también la más bonita de las muchachas, que se sentó a mi lado, hablando para todos, se expresó así:

—"Cómo le parece, dos Ismael, que mi papá a estas horas tan avanzadas de su vida está convencido de que todavía hay por aquí montaña, montes tupidos, pajonales intrincados, y casi todos los días madruga y, con su carabina, escopeta, peinilla y lanza, se va a cazar tigres, leones y panteras, cuando por estos lados no se ven ya sino arrozales y cañas; se acabaron los pozos para nadar en el "Zabaletas" y hasta las aves y pájaros se fueron. Lleva fiambre y a veces regresa al anochecer. Al día siguiente se levanta cansadísimo de los agarrones que, según él, tuvo con las fieras, y entonces se va al cacaotal a acostarse y a dormir en la hojarasca, siempre cerca del río, donde usted lo encontró, porque dice que por allí pueden bajar venados, dantas o alguna guagua. Y lo peor es que cuando hay luna se va por las lomas y cañadas, también a atisbar leones y tigres, porque dice que a esa hora salen a hacer presa y, si se le contraría, se encoleriza.

"Qué día vino el joven mayordomo de "La Palma" en un potro cerrero, de primera ensillada, y tremendamente avisporeado, y apenas lo vió mi papá le dijo, en tono alto y muy disgustado: "Usted no tiene cara de bailar con quimbas; aquí el único amansador de potros soy yo; bájese y le enseño". Y nada que le pinte, don Ismael, en las que nos vi-

mos para que no se bajara el mayordomo y mi papá no se montara en el potro, y esto cuando está pisando los noventa. ¿Cómo le parece?"

Un año después se fué este altivo caucano, como antes se habían ido la montaña, los montes y pajonales; los pozos hondos del Zabaletas, los leones, tigres, tigrillos, lobos y venados y hasta las aves y pájaros cantores del Valle. Fué el último sobreviviendo de ese escenario de un idilio inmortal, lo único que del mundo conoció. Hombre de pelo en pecho y armas tomar, tuvo la suerte rarísima de sobrevivir también a las leyendas que inspiró o se formaron en torno de él, y de legar intacta su fama de nunca visto ni oído amansador de potros bravos, de flor y espejo de afortunados cazadores y de invicto y descomunal luchador con los hombres y con las fieras.

Como a los insignes varones fuertes de que hablan las historias y crónicas que de ellos se escribieron, a Leonidas Conde lo animaba, dentro de su limitado horizonte, el sentimiento heroico y trágico de la vida. Era un hombre bueno, manso y sencillo de índole, orgulloso de su cepa andaluza trasplantada al Cauca, amantísimo del Valle encantador donde nació y vivió fiel y obediente a las sabias normas de la Santa Naturaleza, su Patrona, y por eso fué tan hombre, tan humano, tan envidiablemente humano.

ASPECTOS GENERALES DE LA...

(*Sigue de la página* 300)

responsabilidad, estímulos, esfera propia de acción; todo debido a su fecunda mentalidad, a su energía y a su acendrado amor a la patria.

Poco tiempo después vemos que el país se inunda de las nuevas Juntas de Educación, feliz acierto, en donde el pueblo se sintió partícipe directo de los ideales de don Mauro. Establece cursillos de maestros para instruirlos en los nuevos propósitos; implanta la enseñanza del sistema métrico decimal, y una conquista de gran valor que desapareció en la práctica, fué el sistema de oposiciones para ocupar los puestos de enseñanza; es que don Mauro buscaba los hombres para el puesto. Tomemos de don Mauro este principio moral de buen gobierno para el futuro. Funda la escuela normal, publica los Programas de Instrucción, vemos desarrollarse el primer Consejo de Instrucción Pública integrado por una pléyade de ciudadanos. Y como si fuera poco, publica el periódico quincenal: *El Maestro*, para reforzar la propaganda de las nuevas ideas; reglamenta las Inspecciones de Escuelas y funda el Almacén Nacional Escolar; mejora los sueldos de los maestros que entonces ya son 305 y 229 escuelas.

Don Mauro no se equivocó con la índole del pueblo costarricense; éste en su mayoría lo secundó con entusiasmo; merece recordarse el pueblo de Escazú; el de Pacaca, hoy Villa Colón; a toda la provincia de Alajuela; el señor Inspector de Escuelas de ese entonces, don J. M. Pacheco elogia al pueblo de San Ramón por la adquisición del mobiliario para las escuelas centrales semejante al que se usaba en Estados Unidos. El mismo funcionario formula una crítica acertada acerca de los exámenes públicos; los llama "verdaderos fuegos de la memoria".

El ilustre maestro se había acompañado de Inspectores de Escuelas preparados y entusiastas por seguirlo en sus indicaciones. Por ejemplo: don Félix Mata Valle por Cartago, hace una crítica de los libros de texto, que calza con las ideas modernas al respecto. Dice que los libros de lectura están fuera del medio intelectual de los alumnos y los califica como una aristocracia literaria; agrega que "están en pugna abierta con el lenguaje de los niños y con los usos de todos los días del medio en que vive el hijo pobre de nuestros pueblos llanos". En la actualidad, guardando las relativas diferencias, estamos ante el mismo problema; en esto se ha contemplado el aspecto comercial, más que los intereses de los niños.

A nuestro pueblo se le tiene en muchos países como uno de los más cultos; queda para el hogar costarricense, para los maestros, para la ciudadanía atenta, ampliar y reforzar esa conquista; si queremos de verdad a la patria, sigamos los consejos de don Mauro; don Mauro vivirá en el corazón de los costarricenses a pesar de un grupo de incomprensivos; en los pupitres del aula heredamos bellísimas fuentes de cultura; trabajemos por no perder esa cultura; que ella sea incapaz de quebrarse al leve soplo de pasajeras pasiones políticas, que el porvenir y honra de la patria, está por sobre los intereses pasajeros de los hombres.

Bendita mil veces la madre que dió este hijo; y bendito el hijo que henchida el alma de reconocimiento y gratitud pudo exclamar: "Todo cuanto soy y cuanto valgo lo debo exclusivamente a mi madre".

Hemos estado unos minutos junto al Maestro. Su amplia frente se ilumina con los resplandores de la gloria; la luz de su mirada nos envuelve, y apenas sí, entreabre sus labios para musitar esta frase tranquilamente, cariñosamente: "Hasta luego".

Napoleón MARTINEZ L.

Cartago, 22 de Novbre. de 1947.

EL CASO DE VIEQUES

(Es una hoja suelta; envío del *Centro Universitario Católico* de la Universidad de Puerto Rico).

Resolución del *CENTRO UNIVERSITARIO CATOLICO* de la Universidad de Puerto Rico:

Considerando: Que la isla de Vieques está en proceso de ser expropiada en su casi totalidad por la Marina de Estados Unidos de Norteamérica;

Considerando: Que tal expropiación conlleva el desalojo de una gran parte de la población de aquella isla y la segregación de una parte importante del patrimonio geográfico de Puerto Rico;

Considerando: Que tanto el desalojo de la población como la segregación territorial que en Vieques se consuma constituyen graves ataques contra el derecho natural que tenemos los puertorriqueños a la plena posesión y disfrute del territorio que legítimamente heredamos;

Considerando: Que Su Santidad el Papa Pío XII, en discurso que ante el Sacro Colegio de Cardenales pronunciara en el Consistorio Público del 20 de febrero de 1946, condenó enérgicamente "la deportación de pueblos" con que "los gobiernos o la presión de fatales circunstancias arrancan a las poblaciones de sus tierras y de sus hogares", manifestando que "tal proceso se puede atribuir, en varias formas, directa o indirectamente, a las tendencias imperialistas de nuestros tiempos";

Considerando: Que el mismo Pontífice reinante, en su mensaje de Navidad del año 1939, declaró que "un postulado fundamental de una paz justa y honorable es el de asegurar el derecho a la vida e independencia de todas las naciones, grandes y pequeñas, fuertes y débiles", y que, "la voluntad de vivir de una nación no debe jamás equivaler a la sentencia de muerte para otra";

Considerando: Que es nuestro derecho y deber de católicos salir en defensa de los derechos naturales de los individuos y de los pueblos dondequiera sean los mismos conculcados y especialmente cuando resulta ser nuestra Patria la perjudicada;

Por tanto: El *CENTRO UNIVERSITARIO CATOLICO* de la Universidad de Puerto Rico, reunido en asamblea extraordinaria, resuelve:

Protestar, como por la presente protesta, de la expropiación de la isla de Vieques y del traslado forzoso de su población por la Marina de Estados Unidos de Norteamérica;

Urgir de las organizaciones religiosas, culturales y cívicas del país en general, y de la Universidad en particular, hagan pública manifestación de su protesta ante este manifiesto atropello;

Enviar copia de esta resolución a S. S. el Papa Pío XII, a los Excmos. señores Obispos de San Juan y Ponce, a la Organización de las Naciones Unidas y a la prensa del país.

Aprobada en Río Piedras, Puerto Rico, a los catorce días del mes de octubre del Año de Nuestro Señor de 1947.

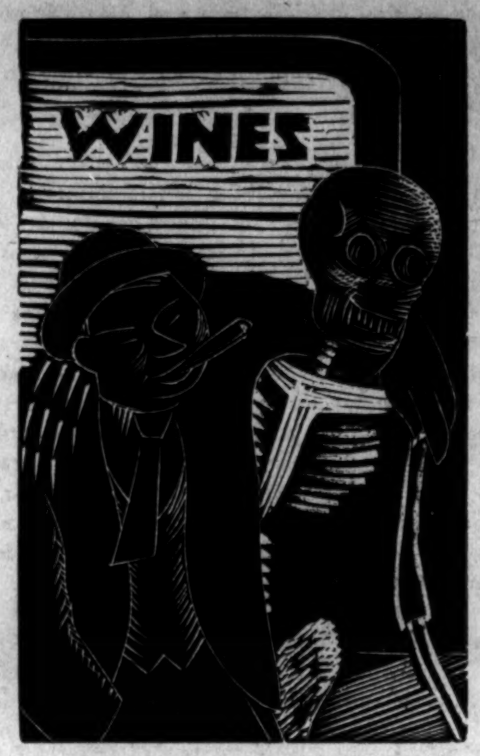
Magda, Castañer, Secretaria.

David Ballester, Presidente.

APRECIACION

(En el *Rep. Amer.*)

Amighetti, Francisco: *Francisco en Harlem.* Con treinta y tres grabados en madera del mismo autor. Ediciones Galería de Arte Centroamericano. 1947. México.



(Madera de *Amighetti*)

Francisco Amighetti realiza una verdadera vocación artística. Lejos de la política, desligado de todo lo que pudiera impedirle manifestarse libremente, ensaya nuevas técnicas para el cumplimiento de su mensaje. El, como poeta, como verdadero creador de belleza en las artes plásticas, se manifiesta en su último libro publicado en México por la Galería de Arte Centroamericano: *Francisco en Harlem.*

Francisco nace en Costa Rica, viaja por América recogiendo paisajes, nuevos tonos en los trazos de la pintura y la palabra; siempre sencillos, tiernamente graves, con alguna raíz muy profunda de ironía. La fina sensibilidad estética de Amighetti ha transformado la influencia de cierta filosofía china para convertirla en una filosofía muy particular, oriental y franciscana; esta mezcla de oriente y occidente teniendo como punto de contacto la humildad, la ternura, la ironía, se refleja a cada paso en su obra. En ésta capta con gran sencillez de líneas y palabras, la vida múltiple de los parques, de las calles, de las ventanas. Los pequeños escenarios de la vida diaria son su tema constante. Las mujeres, los niños; los animalitos que acompañan sus entierros, o vuelan, o yacen en algún ángulo de sus grabados o pinturas, dan gracia especial al tema principal que es la vida: ésta, la misma que sufrimos en México o en Costa Rica, la misma que es amable para unos y dura para otros en Broadway o Harlem, en las carretas adornadas que van por los caminos de su país, o en aquel entierro de la Iglesia Ortodoxa Rusa en Nueva York, que ha captado con la madera y la palabra.

Las luces y sombras de sus grabados crean un mundo maravilloso recorriendo el triste mundo de los negros tratado con especial amor. Las negritas de sus parques, la miseria de sus hombres, que se emborrachan y cometen crímenes a la luz de algún farol aislado mientras en Broadway se anuncia un barrio de Harlem tocado de esa mezcla de ingenuidad e ignorancia virgen que caracteriza generalmente la propaganda norteamericana. Un Harlem que se acerca al cielo de los negros que según Amighetti "era blanco, o mejor dicho era negro; ni alquileres ni policías, ninguno de aquellos enemigos naturales". En fin, este amor por Edna, la negra que en un acto de misticismo religioso tira zapatos y cartera ante un atónito policía que al fin la lleva presa a pesar de la defensa de Francisco, elocuente desde el punto de vista de Edna.

Desfilan ante nuestros ojos y nuestros oídos, los parques de Nueva York; algunas veces con la frescura de aquel grabado de la niña, que en una actitud casi religiosa toma agua, mientras a sus pies los gorriones sacuden la cabecita o aletean "como en una antigua pintura china"; otras veces las negritas iluminan lo verde y lo azul al lanzarse locamente en los columpios. En otros parques, señoras casi tan rectas como delgadas, pasean a sus perros que penden de una pequeña cadena; "cualquiera diría que el encadenado es el perro", comentaría Francisco ante aquellas rectas y delgadas esclavas de los parques y de los perros.

Al tomar la causa de los negros como la de los humildes y la de los que sufren, no lo hace Amighetti orientándose hacia "las nuevas concepciones sociales" como pretende Clementina Suárez; la orientación suya es más antigua, tan antigua como la biblia en donde ya en ocasiones se confunden poetas y profetas identificándose en el fondo de la belleza que es también verdad, justicia y amor.

El tema de la muerte es preferido por Francisco y lo trata amorosamente; cualquiera que tenga en sus manos aquel grabado de un entierro en Costa Rica, verá en Amighetti a un verdadero poeta que sabe dar en la muerte, una gran vida, que se traduce en el dolor de los acompañantes, algunos de ellos tienen ya también los rasgos inconfundibles de la muerte: blanca, justa, única y verdadera, aparece en grabados y acuarelas, ya en la forma de algún panteón enmedio de lo verde, casi perdido en las montañas donde uno quisiera quedarse definitivamente; ya en las caras que ven hacia el suelo mientras cargan en hombros alguna caja por el camino del panteón, hasta en aquel niño que arrastra tristemente el sombrero siguiendo el cortejo.

En Costa Rica, Amighetti fué uno de los primeros que trabajaron el grabado en madera; con esta técnica ilustró algunos libros de su país: *Poesía Infantil,* Antología Selección y prólogo de Fernando Luján; *El tunco* de Arturo Mejía Nieto, y *Cuentos Viejos* de María de Noguera, entre otros.

De su viaje al Perú, nos dice Fernando Luján, captó su pluma la vida de los indios. Sabemos también que sus pinceles tocaron los trajes regionales de Guatemala, las pieles de sus indios, las procesiones religiosas de Nicaragua, los movimientos armoniosos de las habitantes en el lago de Atitlán. Bolivia, Buenos Aires, Perú, México, en general las líneas y colores de América son captados por Amighetti para después dejarlos en las galerías más importantes: *Museo de Arte Moderno en Nueva York,* Escuela de Bellas Artes en Guatemala.

Vino a México para aprender la técnica de los grandes muralistas: Orozco, Rivera, Siqueiros, técnica que dominará como ha salvado las anteriores. La Galería de Arte Centroamericano presentó una exposición de sus grabados y acuarelas.

En el camino de las artes plásticas Amighetti ha dejado algo más que trazos y pintura. Su ejemplo, su escuela y su palabra darán los frutos necesarios.

Dolores CASTRO.

LA NUEVA BRUJERIA

Por *Miguel de UNAMUNO.*

(Es un recorte *inactual,* por supuesto, de *La Nación* de Buenos Aires)

"De la abundancia del corazón habla la boca" dice un antiguo dicho. Y esto mucho más en escritores tan poco impersonales u objetivos como el que ahora, lector, te dirige la palabra. Nunca han sido, me parece, los párrafos de mis escritos una cortina interpuesta entre ti, mi lector, y yo que en ellos te hablo; nunca he pretendido que te diviertas con lo que había pintado, mejor o peor, en esa cortina sino que te he puesto delante un cendal para que a través de él vieras en mí, en el escritor, o mejor en el hombre que te hablaba como en un espejo lo que en torno mío pasa. Yo he querido ser para ti, lector, un espejo de mi mundo, el mundo en que vivo, y para que así vieses mejor, y por cotejo, tu propio mundo. Siempre ha tratado de hablarte un hombre. Y cuando te he dado noticias muy comunes o te he presentado ideas muy corrientes he querido que llevaran calor de humanidad. De mí sé decirte que prefiero una pieza de cinco céntimos de peseta, lo que por aquí llamamos una perra chica, de cobre y sucia, si en ella puedo sentir huellas de sudor, acaso de sangre, que no una pieza de oro, de veinticinco pesetas, recién salida de la Casa de la Moneda. Qué de vida no lleva un vulgar billete de poco valor monetario. Hay en él huellas de lágrimas, mugre de manos sudorosas, alguna manchita de sangre...! Y así con las ideas. Las que han vivido y sufrido más, en mentes de hombres, las prefiro a las más elevadas o más nuevas objetivamente. Y por esto es por lo que me importa poco que muchas veces no pueda darte ideas ni muy nuevas ni muy originales ni muy instructivas si en la expresión con que te las doy vibran el ansia, la indignación, el dolor, la esperanza o la desesperación del hombre en quien han vivido.

Y hoy me tienes aquí, lector, que puedo hablarte sin tasa ni empacho cuando aquí, en mi propia patria para dirigirme a mis compatriotas, se me pone, como se nos pone a todos los que aquí queremos decir la verdad, el freno de la más despótica y más bárbara censura. Porque no puedes hacerte, lector, una

idea del desenfreno patológico a que la censura oficial ha llegado aquí. Ni sé si te habrán informado de lo que aquí está pasando.

Se comprende que en tiempo de guerra ejerzan los gobiernos una cierta censura sobre las noticias de guerra, pues el ocultar un movimiento de tropas u otra circunstancia puede ser útil, y no pocas veces el enemigo deduce de una prensa indiscreta datos que le son muy útiles respecto al estado de ánimo de aquel contra quien combate. Pero lo que no se explica es que se tache epítetos y juicios de puro valor ideológico.

Lo de aquí es un miedo cerval a la inteligencia. Una sociedad secreta, militar, una masonería de oficiales del ejército que es la que está derribando y elevando ministerios, manifiesta todo el pánico que al pretoriano faccioso le produce la inteligencia. Y de aquí la censura.

Es increíble la manera cómo se está ejerciendo la censura. ¡Y qué censores, Dios mío! ¡Qué cosas tachan! Hay un señor gobernador de una provincia, y marqués por añadidura, que al llevarle un inocentísimo escrito en que se hablaba entre otras cosas de "holgazanes bien vestidos" tachó lo de "bien vestidos". Por lo visto para ese pobre señor es vitando y peligroso el que se diga que hay gentes bien vestidas que se dedican a la holgazanería.

Es cosa terrible que puedan llegar a ejercer la censura gentes desprovistas de la más elemental inteligencia. Aunque en cualquier país del mundo —y así se ha visto en los países mismos beligerantes durante la guerra— ningún ciudadano digno e independiente, aun siendo funcionario público, se presta a ese odioso papel de censor de la prensa. Hay ciertas funciones de policía que es imposible dignificar, como es imposible dignificar la función de verdugo. Y así como la supresión de la pena de muerte redimiría al verdugo más bien que al condenado a ella, así hay medidas de despotismo cuya supresión habría de redimir a los pobres esbirros encargados de cumplirlas.

"¡No se mata las ideas!", dijo primero no sé quién y repitió en cierta ocasión, o lo escribió, creo, en la pared de una cárcel, el gran Sarmiento. Y aquí se cree que es posible matar ideas con un lápiz rojo.

La vieja y castiza inquisición española ha retoñado, se ha restablecido el Santo Oficio, aunque ya no es eclesiástico sino marcial. Y acuden a nuestra memoria todos los horrores que en Francia puso de manifiesto el famoso affaire Dreyfus. Y creemos que a la depuración que el tal affaire, que llegó a ser una verdadera guerra civil en la vecina república, produjo en el ejército y en el país todo, se ha debido la victoria de la civilidad francesa. Lejos de debilitar le robusteció al ejército francés aquella limpia. Entonces se limpiaron, en efecto, los bajos y secretos fondos del ejército francés y todas las infamias y toda la podredumbre que se amparaba en la supuesta razón de estado y en la salud de la patria.

En un país pretorianizado, en efecto, los pretorianos creen que les es lícito para sostener su predominio y lo que estiman su prestigio y lo que llaman el principio de autoridad, falsificar la verdad. En sus tribunales, en los tribunales marciales, donde no se juzga sino que se castiga, el perjurio es corriente. Para sostener la inhabilidad de los fallos de un tribunal marcial se acude a la mentira y se inventan delitos.

En aquel libro tan lleno de interés y de sugestión que Jorge Borrow escribió en 1842, en que narra sus andanzas por España durante la primera guerra carlista, repartiendo biblias, libro que se titula "La biblia en España" (*The Bible in Spain*) y que es la última gran novela picaresca, hay un pasaje digno ahora aquí de mención. Y es que Borrow encontró en Córdoba, en 1837, a un anciano sacerdote que había sido familiar del Santo Oficio de la Inquisición y trabando conversación con él le dijo cuánto se alegraba de haber conocido a uno que fué inquisidor. Y se siguió el diálogo siguiente:

El anciano me miró fijamente. "Ya le entiendo, don Jorge. Hace tiempo que he visto que usted es uno de los nuestros. Usted es un hombre docto y santo y aunque cree conveniente llamarse luterano e inglés yo he penetrado en su condición real. Ningún luterano se tomaría el interés que usted se toma en asuntos de iglesia y con respecto a que sea usted inglés ninguno de esa nación puede hablar castellano y mucho menos latín. Yo creo que usted es uno de los nuestros —un misionero— y me confirma sobre todo en esta idea sus frecuentes conversaciones y entrevistas con los gitanos; parece que trabaja usted entre ellos. Esté en guardia, sin embargo, don Jorge, y no se fíe en la fe gitana; son malos penitentes, no me gustan. No le aconsejaría que se fiase de ellos".

"Ni lo intento, repliqué, y menos con dinero. Pero para volver a asunto más importante, ¿de qué crímenes conocía la santa casa de Córdoba?"

"Usted sabe sin duda los asuntos en que interviene el Santo Oficio. Apenas necesito mencionar la brujería, el judaísmo y ciertas perversiones carnales".

"Con respecto a la brujería —dije yo— ¿cuál es su opinión? ¿Hay en realidad tal crimen?"

"¿Qué sé yo? —dijo el anciano encogiéndose de hombros—. La iglesia tiene poder, don Jorge, o por lo menos tenía poder de castigar por algo, real o no; y como era necesario castigar, para probar que tenía el poder de castigar, ¿qué importa que castigase por brujería o por otro crimen cualquiera?"

Este precioso pasaje nos pone de manifiesto el estado de ánimo de todos los inquisidores. Así eran los eclesiásticos, así son hoy los marciales. Como decía el publicista portugués Juan Chagas —y comenté estas sus manifestaciones en un artículo titulado *La patria y el ejército*, publicado en 1906 y que figura en el tomo VI y anteúltimo de mis *Ensayos*— los militares juzgan no en virtud de la necesidad de juzgar, sino de castigar. "Se creen llamados a sostener eso que se llama el principio de autoridad o el orden —y que es muy otra cosa que el fin de autoridad, o sea la justicia— y para sostenerlo tienen que castigar. ¿Que no hay delito? Pues se inventa. Y así como se inventó la brujería antirreligiosa han inventado la brujería antipatriótica.

Porque ahora, en efecto, se ha inventado una nueva brujería por esos que quieren monopolizar el patriotismo. En el citado ensayo escribía yo hace trece años: "El que llegue a ser una clase, la clase militar, la encargada de velar por la ortodoxia patriótica y definirla, a juzgar de los delitos contra la Patria, y condenar a uno por antipatriota, llegaría a ser, sin duda, causa de embotamiento del patriotismo". Y a nombre del patriotismo y de orden y de seguridad pública y de otros pretextos así se ha vuelto a perseguir no ya actos sino ideas, maneras de pensar. Y se ha inventado una nueva brujería. La brujería se llama ahora bolchevismo o sindicalismo. El declararse bolchevista es ya considerado un delito. La censura tacha epítetos, meros epítetos.

Hay un pánico loco contra una posible revolución que ni saben los así aterrados en qué consista. Hay lugares en que se considera delictivo gritar ¡viva Rusia!, sin que los que gritan esto sepan mejor que los que los persiguen qué es lo que está pasando en Rusia. Rusia es un símbolo.

Esta correspondencia la entregaré al correo aquí mañana, 6 de mayo, y no sé cuándo llegará a ésa, ni cuándo se publicará. Los días van ahora muy de prisa y si antes de ella aparecer habéis sabido de cualquier catástrofe aquí, en España, tened por seguro que en vez de evitarla la provocará este nuevo Tribunal del Santo Oficio, esta sociedad secreta pretoriana y este restablecimiento del delito de brujería, que no es sino el delito de pensar.

Salamanca, mayo de 1919.

CERVANTES Y LA ESPAÑA...

(*Viene de la página siguiente*)

tria y para su servicio, recreándola en sus más puras esencias.

También nos liga fuertemente a Cervantes su condición de escritor laico. El gran artífice, que no niega su religiosidad sincera, no emplea su pluma en el tratamiento de cuestiones de esta especie. Las teme. Una vez hace decir a su personaje: "Con la Iglesia hemos topado, amigo Sancho".

Es que ha viajado bajo otros cielos y ha conocido la explosión heterónoma que es, ante la vida, el Renacimiento. De ahí su cita "de la libre Italia". Aquel renacimiento no negaba el español de los siglos medios, en el cruce de tres culturas, ni el que en la edad moderna tuvo por expresiones calificadas a un filósofo, León Hebreo, un poeta, Garcilaso, y un gramático, Antonio de Nebrija. Y junto a todos ellos, el poderoso fermento erasmista, acusado en los escritores de la época carolina.

Así se explica el encendido amor a la libertad, que tantas raíces seculares ofrece en el medio peninsular español. "La libertad, Sancho, es uno de los más preciosos dones que a los hombres dieron los cielos... por la libertad, así como por la honra, se puede y debe aventurar la vida".

Cuando está desecho por la metralla extranjera el lugar sagrado en que se enclavara la pila baptismal de Cervantes, y Alcalá de Henares, su patria, sirve de teatro a la expresión del odio que se derrama en las sentencias de unos tribunales de excepción, nosotros, los hombres del exilio, volvemos a honrar a Cervantes y recordando su obra inmortal, hacemos de su dolor consuelo para el nuestro y de su gloria, esperanza para nuestras vidas, que se iluminan en el destierro con la locura de la honra.

Manuel BLASCO GARZON.

REPERTORIO AMERICANO

EDITOR
J. García Monge
Teléfono 3754
Correos: Letra X
En Costa Rica:
Sus. mensual ₡ 2.00

CUADERNOS DE CULTURA HISPANICA

..."y concebí una federación de ideas," — E. Mía de Hostos.

El suelo nativo es la única propiedad plena del hombre, tesoro común que a todos iguala y enriquece, por lo que para dicha de la persona y calma pública no se ha de ceder ni fiar a otro, ni hipotecar jamás. — José Martí.

EXTERIOR:
Suscrición anual:
$ 5 dólares

Giro bancario
sobre Nueva York



Don Quijote en el exilio

Por *Rivero Gil.*

—Algún gigante maligno, Sancho amigo, labró nuestra desventura...
—No fué un gigante, señor; más bien un enano.

En el IV Centenario del autor del Quijote
CERVANTES Y LA ESPAÑA DEL DESTIERRO

(De *España Republicana.* Buenos Aires. 4 de octubre de 1947)

Estamos en la presencia de una nueva recordación imprescindible, por obra y gracia de este nuevo centenario. En el orden colectivo, las fuerzas leales españolas, las fuerzas democráticas, están rindiendo al insigne escritor, el más ponderable homenaje organizado en la Argentina. Las conferencias que se realizan en el salón Van Riel, son un éxito incuestionable. Argentinos y españoles, en una feliz colaboración, marcan en sus oraciones, matices y calidades de la ingente obra cervantina. El concierto ofrecido en el Politeama, bajo la dirección calificada de Juan José Castro, constituyó una sesión de honor inolvidable. Por la Radio Splendid, ilustres escritores y artistas vienen desarrollando una agudas acotaciones críticas, plenas de viveza y originalidad. Faltan aún las representaciones escénicas, en las que se harán tres entremeses del autor de las "novelas ejemplares" y una adaptación de los consejos de Sancho antes de gobernar la ínsula Barataria, debida a la inspiración de Alejandro Casona. Este y don Augusto Barcia, abrirán y cerrarán, respectivamente, el ciclo escénico, con palabras transidas de fervorosa emoción.

Para todas estas empresas no se ha contado más que con los demócratas españoles. La generosidad de unos compatriotas y la contribución intelectual de otros, ha consumado el acierto. Nos sentimos, si no orgullosos de lo ejecutado, satisfechos al menos, por lo que se ha podido conseguir.

Esta satisfacción tiene un signo evidente y claro. La recordación es obra de amor y de sano patriotismo. De amor acendrado y vivo a la cultura, de la que la expresión cervantina es un exponente de autoridad magnífica; de patriotismo fecundo, que mira y contempla a España en su puro sentido y en su significado más hondo, calando hasta la entraña en nuestra devoción y removiendo toda la angustia de nuestra alma, ante la frustración constante de sus más altos destinos.

Una vez dijo José Bergamín, de cierto exquisito poeta hispano, luminoso por el verbo y aleccionador por la conducta, que había adquirido derecho a la inmortalidad, porque tenía detrás un pueblo en pie. Cervantes ha tenido y tiene, en su devoción más arraigada, al verdadero espíritu de España. El espíritu español, tan trabajado y entremezclado de culturas intensas, se caracteriza por su poderosa angustia creadora. De esa angustia hablaba un día fray Luis de Granada, diciendo que "así como el agua represada o encerrada en los hontanares se levanta y sube a lo alto, así el ánima estrechada con angustias y tribulaciones, sube a Dios por oración y penitencia".

Cervantes vivió esa angustia en el orden personal. Su aspiración idealista se integró por la vinculación subjetiva con un mundo de objetos inescindibles, según podría expresar un filósofo esencialista. Para aproximarnos a su espíritu —ha escrito Casalduero —"no hemos de olvidar al hombre que estuvo en la cárcel y sufrió en la tierra constantes humillaciones; junto a él, hemos de poner al héroe de Lepanto y al gran inventor". Y como colofón, sostiene el mismo escritor "que llega a pasearse por los cielos, a vivir en las zonas de las esencias. En la vida de Cervantes, esta forma de heroísmo es esencial".

Hay una dedicatoria suya, que es prólogo de agonía. "Ayer me dieron la extremaunción y hoy escribo ésta; el tiempo es breve, las ansias crecen, las esperanzas menguan y, con todo esto llevo la vida sobre el deseo que tengo de vivir..."

Y otro prólogo en el que, al consuelo de un elogio desinteresado, de un estudiante pardal, en el camino del famoso lugar de Esquivias, que se solaza y estremece de admiración al contemplar "al manco sano", el famoso todo", se une la angustiada confianza del próximo fin.

El Quijote, según un profesor moderno, "brota en ese momento de amargura en que España empezaba a darse cuenta de que las ventas son ventas y no castillos y como el héroe cervantesco se sentía camino de la muerte..."

Toda esta angustia del medio que gravita en lo individual de una vida mechada de dolores y de injusticias y en lo colectivo marca el tránsito de Lepanto a la Invencible, no es, en fin, sino la razón que da su esencia perenne a la obra máxima. El Quijote, que se adentra a través de un material realista exactamente español, ennoblecido por la lírica arrogancia del genio, en el terreno de lo simbólico y da categoría universal a la locura de justicia de Hidalgo y a la noble lealtad, cruzada de temores y sobresaltos, pero empapada de generosa devoción, del escudero Sancho Panza.

Es que en España ahora y siempre, lo mejor de todo es lo que se realiza a través y como consecuencia del dolor. Así el poema del Cid —afirma Pedro Salinas— comienza por la desgarradura del hombre y de su tierra. "El poema de destierro y de honra". Por eso comprendemos desde esta lejanía, tan adecuadamente, a Cervantes y a su obra, y por eso le rendimos fervoroso tributo en este nuevo centenario de su nacimiento. El estuvo desterrado en su tierra, que es quizá la más cruel forma del extrañamiento. Pero metiendo el alma en su paisaje, le arrancó los símbolos maravillosos de su libro inmortal y los entregó a la admiración del mundo.

A nosotros el paisaje se nos queda dentro, en una especie de transverberación. Y el dolor nos sacude para la exaltación de la pa-

(*Concluye a la vuelta*)